

EDICIONES
BISTAGNE

1
pta

Greta Garbo

Nils Asther

Lewis Stone

ORQUÍDEAS SALVAJES

142

ORQUÍDEAS SALVAJES

REVISADO POR LA CENSURA
PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

Orquídeas salvajes

Dramático asunto dirigido por
SYDNEY FRANKLIN

Producción Metro - Goldwyn - Mayer

Distribuida por
METRO - GOLDWYN - MAYER - IBÉRICA, S. A.
Mallorca, núm. 220
BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTÉRPRETES:

GRETA GARBO, LEWIS STONE,
NILS ASTHER, etc.

ORQUÍDEAS SALVAJES

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

El pasaje se aglomeraba sobre la cubierta del magnífico vapor "Sumatra". Iba a zarpar de un momento a otro. La sirena parecía estremecer el aire con su prolongado rumor... Se agitaban pañuelos, brazos en alto, manos que tenían al decir adiós un vuelo de aves marinas. Otra gran muchedumbre quedaba en el muelle, en nervioso vaivén, despidiendo a los que se iban. Se mezclaban todos los idiomas en inquieta confusión. Lenguas nobles, hermosas, conocidas, e idiomas de matiz exótico, nacidos entre los misteriosos conglomerados de las razas.

El "paquebot" iba a marchar a Java, la isla de las especias, la tierra iluminada por el más hermoso sol y bañada por mares de mágicos colores...

El capitán desde el puente contemplaba la pasarela que ponía en comunicación el vapor con tierra. No subía nadie. Los viajeros esperaban de un momento a otro el movimiento inicial del largo viaje. Pero un telegrama que había recibido el capitán le obligaba a retrasar la partida.

Volvía a consultarle con la nerviosidad del que no sabe qué hacer.

Los señores Sterling Begarón

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

unos minutos más tarde. Espérelas.

Pan de Grath.

Se retrasaba ya la hora de partida sin que aquel matrimonio hubiese aparecido...

Consultó con uno de los oficiales sobre si debía esperar más. Y cuando habían convenido en dar la orden para que funcionasen las máquinas y la hélice comenzara a arañar el seno líquido del puerto, un formidable griterío les anunció la presencia de los que aguardaban.

Sonrió el capitán. ¡Gracias a Dios! Eso le quitaba un compromiso de encima y al propio tiempo le permitía salir casi a la hora anunciada.

La multitud abrió paso a un automóvil que vino a detenerse frente a la pasarela. Descendió de él el matrimonio Sterling contestando con sonrisas a las aclamaciones que sus amigos les tributaban.

—Gracias... gracias... pero déjenme pasar... El capitán se impacienta—decía el marido.

—Por favor...—rogaba la señora.

—¡Feliz viaje, Sterling!—le advirtió uno de sus amigos—. Los javanese tienen fama de ser muy astutos. No dejes que te disputen la posesión de las plantaciones de té.

—Te agradezco el consejo.

Cien manos estrecharon las suyas y por fin, aquellos dos rezagados pasajeros se encontraron sobre cubierta.

Les saludó cordialmente el capitán. Consiguieron encontrar un huequecito en la borda para poder corresponder desde allí a las aclamaciones broncas y delirantes...

Era John Sterling uno de los más ricos comerciantes de San Francisco. Director general de una empresa formidable, marchaba a la isla de Java para adquirir enormes zonas de cultivo de té. Había dedicado su vida y sus energías al trabajo. Era poderoso y tenía el don agradable de la simpatía. Se conservaba bien a pesar de sus cincuenta años y su busto erguido y firme hacía la competencia a un joven. Sólo el cabello y el bigote blancos denotaban el avance melancólico de Cronos.

Había ganado con su propio esfuerzo una bien saneada fortuna. Nació de familia pobre; en sus primeros años conoció las dificultades de la escasez. Pero luego entró como meritorio en la gran casa de importación y a ella adscribió su vida como el militar al cuartel... Y también como un soldado, fue conociendo las alegrías del ascenso. En todas partes fue el mismo, manteniendo su eficiencia y su prestigio personal. Los grados no los mereció por antigüedad sino por méritos... hasta llegar a ocupar la más alta jerarquía, es decir, la dirección general.

Sterling, dominado por la fiebre de los negocios, no era, sin embargo, el tipo conocido y brusco del comerciante, a quien el trato con el metal parece haber destruido las tiernas cualidades del espíritu. Nada de eso. Era agradable, respetuoso y abierto para todo el mundo, aun para los más pequeños empleados... No olvidaba que él también había sido uno de ellos y que con el transcurso de los años, aquellos seres ahora anónimos, habrían de sustituirle.

Sabía que en cada soldado hay un posible Emperador, en cada empleadito el germen de un rey de la industria... Y los consideraba como hermanos pequeños a los que fuera preciso amparar.

Pero esa vida de negocios, esa entrega de todas las energías e impetuosidades del alma al ritmo de la economía, le había hecho pasar los años juveniles sin la agradable compañía del amor.

Parecía ignorar que hubiese mujeres en la tierra. El fuego de su alma no prendió en las células del sentimiento, sino que alcanzó las de la ambición.

Pero el amor es vengativo. Todas las vidas tienen que rendirle su esfuerzo. Para algunos el amor es cáliz sagrado al que acercarse a beber. Estos son los ascetas, los enclastrados, los que consumidos por la llama de amor a Dios renunciaron a las terrenales pasiones.

Sterling no era de esta fusta. Su dinamismo le hubiera impedido permanecer demasiado tiempo en la paz del jardín espiritual... Y cuando llegó la madurez, la edad

de la cima en que se divisan con ojos serenos las dos vertientes de la existencia, sintió el vértigo de la altura y de la soledad y deseó unos brazos amantes para descender el otro camino de la vida.

Y su nombre, su prestigio y también la simpatía irresistible que causan los conductores de hombres, le hicieron encontrar lo que buscaba. Sintió de repente que de él se apoderaba una emoción desconocida, bien distinta de la que le produjeron hasta entonces las varias satisfacciones de su gloria.

Algo inexplicable y extraño le agitó y sintióse enamorado, con la fuerza indomable del primer amor en los linderos de la vejez.

Lo que no había realizado de joven, las mil pequeñas cosas que son el adorno de toda la pasión hasta convertirla en algo infantil como un culto primitivo, deslumbraron el alma siempre en tensión y vigorosa de Sterling.

El noviazgo fué rápido. Una vez convencido de que le convenia la compañera que acababa de elegir, no retrató en llevarla al altar.

¿Para qué la espera? Los jóvenes pueden esperar, son prodigos en paciencia, tienen por delante muchas ilusiones... El no; él ya llevaba demasiados años en el mundo...

Casase al medio año de conocer a Mary. Era ésta una de las mas deliciosas criaturas creadas por el Eterno.

Sólo tenía veinticinco años y era hija de una familia burguesa y apacible donde todo tenía un ritmo normal, de lentitud calculada.

Su belleza era espléndida; había en toda ella una morbidez, un algo indefinible y extraño, de Julieta cándida y leal o de Walkyria dorada, como las escandinavas de la leyenda.

Nada en ella era vulgar, ni el cuerpo largo y esbelto que a veces parecía tener que contraerse con la languidez de las bailarinas indias, ni los ojos grandes y verdes como los lagos del Norte, ni la boca, fría y desdenosa en algunos momentos, iluminada otras veces por una hambre roja como si la sangre tuviera luz.

Sterling la amó apasionadamente con todo el caudal de energías

almacenado por la avaricia de su existencia. Le fué todo para ella, y aquel hombre de cabello blanco pudo entregarle la urna intarta de su espíritu.

Mary le amó también. Tampoco en su alma de esfinge había habido ninguna tempestad sentimental... No le habían faltado adoradores, gentes que quisieron deslumbrarla por sus méritos, por su posición, o simplemente por cierta estúpida reminiscencia de Don Juanes.

Rechazó Mary esas adoraciones vulgares cuyo recuerdo moría en sus propios oídos... Buscaba un amor de veras y Sterling tuvo la suerte de ser el primero en tal sentido.

Era Sterling como uno de esos volcanes cubiertos exteriormente de nieve, de frío, pero que encierran en su interior el vivo rescolido de un fuego que estalla en un abanico de llamas.

Tenía para ella todas las ternuras de los enamorados y las reflexiones del hombre sereno... Y aun parecía bañado de una nueva juventud interior. El amor es como

el rocío que vivifica los campos y pone también sobre la salud anémica y triste, en las arterias de sangre débil, un aliento de energía vital.

Se amaron mucho... Por la ley de los contrastes, sus almas se compenetraron, buscando cada una en la ajena el complemento de la felicidad... Los veinticinco años de Mary se avinieron con los cincuenta del marido. Ella adquiría un reposo majestuoso a su lado, mientras él parecía retroceder a la juventud acortando de este modo las distancias.

Llevaban cinco años de casados. Nunca una amargura, una desilusión turbó a los dos. Aquel hombre de extraordinaria actividad tenía aún tiempo para atender los compromisos sociales. Iban al teatro, a las reuniones, a las carreras... Y los galanes que corren por el mundo, detenían el potro de su audacia ante Mary.

Bastaba una mirada desdeñosa de ella para que se alejaran convencidos de que perdían el tiempo. Y Mary, colgada del brazo de su marido con la misma dulce ilusión

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

de una recién casada, seguía su ruta majestuosa de buena mujer, feliz con ser la compañera de uno de los hombres de mayor relieve de la nación.

Por primera vez, durante el lustro que llevaban de matrimonio, Sterling tenía que realizar un largo viaje.

—Quiero acompañarte—le dijo ella—. Iré contigo.

—Mary... Sería preferible que te quedases... ¡Es un viaje tan lejano! Y Java no se distingue precisamente por sus comodidades, sino todo lo contrario.

—Por eso mismo me gustaría conocerla. La civilización se hace monótona de tan igual... Deseo

ver cosas nuevas, que yo no he visto ni me puedo imaginar.

—Niña mía... ¿En qué lecturas has nutrido tu corazón?

—Sterling, dime que iré contigo. ¿Qué haría yo aquí sola durante tantos meses? Figúrate, aburrida en casa, sin tu compañía, muriendo de hastío...

Y Sterling accedió. Le satisfacía plenamente ese anhelo de su esposa. El viaje resultaba también monótono en soledad. Con Mary todo sería distinto y aun embellecido por su presencia.

Y por eso se encontraban ahora los dos a bordo del vapor "Sumatra" que desde San Francisco les iba a conducir a la isla de las especias.

* * *

La pasarela fué retirada momentos después de haber llegado. ¡Pobre capitán! Les había esperado siguiendo las instrucciones del telegrama. Unas visitas urgentes impidieron llegar a Sterling

en el momento oportuno. Mas por fortuna se hallaban ya a bordo, prontos para la gran aventura hacia el país desconocido.

Se soltaron las amarras; el hotel flotante se balanceó y lenta-

mente comenzó su marcha... Sonaba estridente la sirena apagando las voces de despedida, las tiernas emociones del adiós.

Mary gritó con todas las fuerzas de su alma a un primo suyo que distinguió entre la multitud congregada:

—Philps, dile a mamá...

Tuvo que interrumpirse, pues el bocinazo de la sirena lanzaba su lamento de despedida como si también tuviera un alma y dijera adiós a sus hermanos los demás barcos, ahora inmovilizados en el puerto.

¿Cuándo volverían a encontrarse todos juntos? Los caminos del mar son tan inmensos... Tal vez nunca coincidiesen esos propios hermanos en el mismo lugar.

—...Dile a mamá... que esté tranquila, que cuando llegemos le telegrafiaré.

Philps hizo una seña de afirmación indicando que había comprendido bien...

Una tierna inquietud se apoderaba de Mary viendo empequeñecerse las siluetas de las personas y de los edificios... Tras el muelle se alzaban en soberbio panorama,

los grandes rascacielos de la ciudad de origen y nombre tan español de San Francisco.

Los pica parecían extrañados de la falta de firmeza del pavimento que se inclinaba lentamente a babor o a estribor... El balanceo no cesaría ya hasta dentro de varias semanas y aun tendría que agravarse.

Cogió Mary el pañuelo de bolsillo de Sterling y lo agitó en el aire entre los otros pañuelos blancos como un ondear de banderas pacíficas. Después lo devolvió a su marido y quedó reclinada en la barandilla, contemplando con melancolía cómo se alejaba la ciudad de su nacimiento.

Se abrió paso con temblorosa sonrisa entre los demás pasajeros; Sterling se dirigió un instante al salón de lectura y ella encaminóse a su camarote.

Entró en un largo corredor de muros barnizados. A ambos lados se abrían las puertas de los camarotes sobre cuya pulida mullera había la dorada cifra de su numeración.

Parecía respirarse un olor a pin-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

tura nueva, a capas de barniz mezclado con discretos perfumes.

Iba Mary a entrar en su habitación cuando abrióse una de las puertas laterales y salió de ella un hombre que vino a caer junto a sus pies. Detrás de él un joven esgrimía un látigo haciéndole chasquear sobre la espalda del primero.

La presencia de Mary detuvo el látigo que iba por segunda vez a marcar sus huellas en aquel dorso.

Airadamente miró Mary al agresor. ¿Por qué aquella crueldad? ¿Quiénes eran aquellas gentes que usaban procedimientos desaterrados en las civilizaciones?

—Usted perdone, señora—dijo el joven con cierto acento extranjero.

Entonces se fijó Mary en los dos hombres. El que había recibido el latigazo iba vestido con traje oriental y sus facciones acentuadas indicaban su exótica procedencia. El otro era un hombre joven, vestido de frac, elegante.

Eran indudablemente amo y servidor. También en el joven, aun-

que no tan acentuados, se divisaban los rasgos de una raza del Sur, algo orientales las facciones.

Desapareció el servidor mientras el otro acariciando el látigo, volvía a repetir con cierta melancolía:

—Mi criado es tan torpe... Siento que para hacerme obedecer haya tenido que dar un espectáculo. No me perdonaría nunca haber disgustado a tan hermosa mujer como usted.

Y sonreía con cierta malicia como si divisase ya apenas iniciado el viaje, la agradable fragancia de la aventura.

Pero Mary le midió de pies a cabeza con una de aquellas miradas que desarmaban a los conquistadores occidentales, implacable mirada desdeñosa.

Y sin decirle ni una palabra, empujó la puerta de su habitación y entró en ella, mientras el extranjero se alejaba lentamente sonriendo y sin sentir ya en su alma las rencillas del antiguo furor... Ya no pensaba en las desobediencias del indio, sino en la hermosa que era aquella solitaria viajera.

Momentos después se cruzó con el señor Sterling. No se conocían, pero al encontrarse en el pasillo, ambos hicieron una inclinación de cabeza.

Vió con sorpresa el extranjero que aquel señor entraba en la misma habitación que antes lo había hecho la dama, y dedujo que se trataría de su esposa.

¡Ah, casada! Y se echó a reír mientras saboreaba el néctar de un cigarrillo oriental que le envolvía en olorosos vapores... ¡Casada! ¡Oh, nuevo incentivo para amar a una mujer!

Volvió a su camarote, deseando no perder de vista al matrimonio.

Sterling saludó a su mujercita que arreglaba pequeños detalles del cuarto, amplio y decorado con gran ostentación.

—John—dijo alegremente ella—¿este viaje será nuestra segunda luna de miel?

—Tiene que serlo, querida.

Y se enfrascó en la lectura de una correspondencia que no había tenido tiempo en su oficina de despachar.

La sirena que había acallado su

voz volvió a sonar con una estridencia agresiva.

Abrió Mary el ventano, retirando las cortinillas de seda. La ciudad iba alejándose, alejándose... De muchos edificios sólo se veía ya el detalle de la silueta.

—Ven—dijo conmovida—, Vamos a despedirnos de San Francisco.

—Ya me despedí antes—contestó, riendo—. Déjame estudiar estas cartas.

Mary no insistió y quedó con la cabeza rubia asomada al redondo ventano.

Iba atardeciendo. Sobre el mar las gaviotas ponían su nota melancólica, de lejanía. Algunas mojaban su blanco plumaje y lo sacudían en el espacio.

Mary sintió bañada también su alma de dulce emoción... Allí en San Francisco quedaban todos los recuerdos de su vida. ¿Cuándo volvería? ¿Regresaría con la misma facilidad que marchaba?

Y como partir es morir un poco, sintiéndose invadida durante algunos minutos de un extraño so-

por, de una indecible melancolía.

Pero luego abandonó su mirador y al ver a Sterling sonrió con alegría.

No, no se trataba de morir...

Junto a ella tenía el amado, el único. Y acercándosele con lentitud le dió un beso.

* * *

Al día siguiente, el joven extranjero consiguió hacerse presentar a Sterling.

Este mostró una gran satisfacción al conocer aquel hombre que era el príncipe de Gare, uno de los personajes más influyentes de Java. Habló con él de varios asuntos de aquella tierra exótica, sintiéndose encantado por sus detalles.

—Yo vivo en el centro mismo de la región en que se produce más té de Java—le dijo el príncipe.

—Voy a efectuar compras de terrenos... ampliar los que ya tiene mi Compañía. Nada tan agradable en esas circunstancias como encontrar una persona de aquel país.

Al cabo de media hora eran ya muy buenos amigos. Sterling cono-

cía bien el apellido del príncipe de Gare como el de uno de los principales propietarios de la isla. Y gracias a Gare, conoció nuevos datos de la tierra que iba a visitar.

—Puesto que las plantaciones de la Compañía radican en mi región—advirtió Gare—, ¿por qué no se hospeda en mi palacio durante su estancia en Java?

—Es para mí demasiado honor. Sentiría tener que causarle molestias.

—Insisto para que acepte mi casa.

El príncipe sonrió de un modo malévolo y sus pupilas se llenaron de fuego. ¡Bien sabía él el motivo de la invitación!

—No... no... pero, dígame, ¿se pueden cazar tigres en Java?—di-

jo Sterling—. Tengo muchos deseos de matar un tigre.

—Si usted acepta mi hospitalidad, organizaré para usted una cacería de tigres.

—No me puedo negar a sus deseos. Me ha convencido usted... Pero voy a comunicarlo a mi esposa.

—¿Es usted casado?

Su sonrisa se hizo más insinuante.

—Sí. Quiero que conozca a mi señora.

Ella venía lentamente por uno de los corredores. Vestía un elegante traje blanco de seda. Fueron a su encuentro. Sin saber por qué, Mary arqueó alarmada las cejas ante la presencia de aquel hombre que la tarde antes había estado azotando a un criado.

—Mary, quiero presentarte al príncipe de Gare.

—¡Señora! ¡Cuánto honor!

Inclinóse respetuosamente ante ella y besó aquella mano leve que la dama le presentaba.

Ninguno de los dos aludió al conocimiento de la tarde última, pero el príncipe envolvió a Mary en

una de esas miradas que indican la posesión de un secreto.

—El príncipe es tan amable que nos ha invitado a hospedarnos en su palacio de Java...—explicó Sterling.

Otra vez sobre la frente de Mary apareció la huella de la preocupación. Tenía miedo. El príncipe con su sonrisa burlona y sus ojos fríos, le producía un inexplicable malestar.

¿Por qué Sterling hubo de aceptar la invitación de un extraño? Ese era el único defecto de su marido: ser demasiado bondadoso con la gente.

Apareció un criado con un radiograma para Sterling. Se trataba de un despacho que le enviaban de San Francisco pidiéndole su opinión sobre determinada consulta.

—Perdóneme, príncipe. Es un asunto muy importante y he de redactar la contestación. Vuelvo en seguida.

Y se alejó bajo el imperio del negocio, dejando a Mary con el oriental.

Los ojos de la linda criatura,

suaves esmeraldas, miraron asustados al marido que se iba.

¿Por qué la dejaba con el príncipe? Las pupilas de enigma de ese hombre joven, la turbaban.

Estaban cerca del salón de té. Se oía el leve susurro de una música de violines.

—Esperaremos a su marido en el salón, señora... ¿no le parece?

Hizo ella un gesto de indiferencia y envolviéndose más y más en el chal que cubría sus hermosos brazos, siguió al príncipe de Gare.

Adivinaba con temor como la mirada de Gare la seguía de modo misterioso; sentía una sensación física de daño al observar que los ojos de él resbalaban en pecaminosa exploración por sus encantos de mujer.

Se sentaron a una de las mesas. Había mucha gente en el salón. Más que un vapor producía aquello la impresión de encontrarse en un lujoso Palace de tierra firme.

—¿Quiere usted tomar algo?—le preguntó él.

—Gracias, nunca bebo—respondió secamente.

—¿Quiere honrarme con un baile?

—Nunca bailo.

En vano quiso hacerla hablar. Mary se mantenía en una actitud de inflexible reserva. El príncipe habló de San Francisco, de la civilización americana expresando sus conceptos sobre ella.

—Creo en la superioridad espiritual de mi raza—dijo—. Sólo en una cosa no les superaremos nunca. En las mujeres. Ustedes son lo más hermoso del mundo.

Sonrió mirándole vagamente. El príncipe se expresaba bien. Tenía la indudable nostalgia y el fondo poético de todos los orientales.

—¡Ah, las mujeres!—volvió a repetir.

Mary estaba impaciente. La conversación del príncipe le aturdió, le molestaba y no sabía qué contestar.

Por fin vió aparecer a Sterling con su aspecto amable de "gentleman"...

—¡John!

Acercóse sonriente sentándose al lado de su mujer...

—¡Terminó ya su ocupación, señor Sterling?—dijo Gare.

—Sí... sí... Los hombres de negocios no somos dueños de nosotros mismos.

—Me hago cargo. No pueden atender a todo.

Y sonreía a Mary con una alusión directa.

Volvió a sonar la música y muchos comensales bailaron. Sterling, bonachón, exclamó:

—A mi mujer le gusta mucho el baile.

—¿De veras?—dijo Gare, sorprendido—. En ese caso, ¿me haría usted, señora, el honor de bailar conmigo?

Agitóse Mary en su asiento. ¡Imprudente Sterling! Se veía cazada en su propia mentira. Pero como los usos de la sociedad condenan una negativa, se levantó, despojóse de su chal y bailó con el príncipe.

¡Qué hermosa era aquella mujer! La luz del sol parecía poner sobre la espalda de ella, sobre sus maravillosos brazos tonalidades de rosa y marfil.

El príncipe sonreía mirándola. Y ella, indiferente, helada, como si nada le importase su pareja, desviaba la mirada hacia un rincón. Alguna vez, al volver los ojos hacia el otro lado, debía pasarlos forzosamente sobre Gare y éste sentía la impresión de su resplandor.

¡Ojos verdes, ojos de diosa del norte! Para el príncipe, azeñado a los colores morenos, tenían una maravillosa ilusión.

Observó Mary con temor que Sterling se levantaba y hablaba con un criado quien le entregaba un nuevo despacho telegráfico. Luego el marido hizo una seña a su mujer significándole que tenía que despachar nuevos asuntos y salió del salón.

¡Malditos negocios! — pensó Mary—. ¿Es que todo el viaje iba a ser así? ¡Y lo peor era dejarla en compañía de aquel hombre turbador, antipático, que le producía miedo!

Acabada la danza, salieron a una galería desde la que se escuchaba la voz murmuradora del mar, transmitiendo su queja eterna

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

por la enorme extensión de las aguas.

Mary volvió a envolverse en su chal, ocultando los brazos de una blancura estelar... ¿Por qué Gare la miraba con tanta fijeza?

Con una voz susurrante, dulce, el príncipe volvió a tratar de la impresión que le causara Norteamérica.

—Su país siempre me ha interesado por su gran modernidad. Pero el Oriente es más hermoso. Tiene el misterio y la belleza del beso de un amante.

Ella se echó a reír, burlándose de sus palabras. Pero Gare la miró lentamente queriendo transmitir a sus palabras un extraño ardor, y señalándole unas flores que Mary llevaba prendidas en el pecho, le dijo:

—Usted es como las orquídeas de su país. Tiene el frío encanto y la elegante complicación de Occidente.

—¡Cuántas cosas soy para usted!

—Me precio de conocer el alma de las mujeres... Le repito, es usted como las orquídeas de su

tierra... En Java, sólo se producen orquídeas salvajes, y su perfume embriaga los sentidos.

—Y las javanesas, ¿también son salvajes?—contestó ella, resentida y mirándole con atención.

—Los habitantes de Java no están contaminados por la afectación y la trivialidad de Occidente. Eso es todo.

—¿De veras?

—¡Ah, si penetrara usted en los recintos de nuestra alma! El sol, ese sol que abraza en Oriente, despoja las almas de toda falsedad y las hace primitivas y sinceras como la de los niños.

—¡Muy interesante!—contestó aparentando una profunda indiferencia.

—¡Qué árida se muestra usted conmigo, señora!... Pero sería curioso saber si su frialdad y su afectación son falsas.

—¡Príncipe!

—¡Cómo nos engañan las occidentales! ¡Cómo saben disimular sus sentimientos! Nosotros, no; nosotros obramos como nos dicta nuestra alma, y somos sinceros... ¡Vea usted, señora!

Y con una audacia inconcebible, tan inesperada que no dió tiempo a la señora Sterling para defenderse, la abrazó estrechamente y sus labios cerraron la boca anhelante de ella con un beso, devorador, terrible...

—¡Oh, déjeme... déjeme usted!—gritó loca de vergüenza y rechazándole.

En aquel instante abrióse la puerta que comunicaba con el salón y apareció la figura del señor Sterling.

Retrocedieron aterrados, mirándose con espanto, como dos delincuentes.

El príncipe movió los brazos como intentando indicar una imposible excusa: ella, loca de vergüenza contempló a su marido, temiendo que éste creyera en su responsabilidad.

Pero Sterling, sin alterar un músculo de su cara, se limitó a decir:

—¡Estoy furioso!

Guardaron silencio, e instantes después agregaba:

—¿No sabes, Mary? ¡Me acaba de decir el camarero que no

han traído mi equipo de caza al camarote!

El pecho suave de Mary se agitó en un suspiro de alivio, y las facciones alteradas del príncipe de Gare volvieron a recobrar su firmeza.

¡Qué alegría! ¡Sterling no había visto nada! Y el hombre de Oriente y ella se miraron con cierta alegría misteriosa.

Mary, nerviosa, corrió al lado de su marido y se apoyó en su brazo con gesto cariñoso. Contempló luego con altanería al príncipe como indicándole que ella era siempre fiel a la honradex.

Gare sonrió... ¡Agradable Mary! Mujer que no amaba el escándalo ni gustaba que su marido tuviese un desafío, pues en vez de denunciar la incorrección de su conducta, guardaba un silencio sospechoso. Adorable criatura que no comunicaba a su esposo que un pasajero atrevido la besaba.

—¡Ay, mi equipo de caza!—repetía desolado el señor Sterling, bien ajeno a lo que estaba pasando.

—No se preocupe por eso, se-

ñor. En mi país yo le proveeré de todo lo que necesite.

—Nunca se lo agradeceré bastante.

El príncipe saludó y alejóse, y

Mary siempre del brazo del compañero de su vida, prosiguió paseando por la cubierta donde la luz de las estrellas daba exhalaciones de plata a los objetos.

* * *

No podía quitarse de su imaginación la figura del príncipe de Gare. Le inspiraba temor su sonrisa burlona, su aire de dominador, el ropaje poético con que envolvía sus palabras.

Le parecía que había de estar ella siempre en inferioridad ante aquel hombre, acostumbrado a hacerse obedecer, a que pueblos enteros le rindieran homenaje.

¿Por qué la miraba de aquel modo? ¿Por qué tuvo él que darle aquel beso escalofriante que olía a canela, a las especias de su país multicolor?

Mary, mujer que se proponía ser siempre fiel al hombre que la había llevado al altar, no se sentía demasiado segura ante el príncipe. No, no se había enamorado

de él, sino todo lo contrario. Pero al propio su presencia parecía conspirar contra su tranquilidad espiritual...

Todo se unía al malestar de su alma... La novedad del viaje, la vida en el barco, el trato con gentes desconocidas, los días muelles y lánguidos en que no se sabía qué hacer.

Era preciso ver lo menos posible a aquel oriental que tenía la fría ironía de los vencedores.

Aquella noche, al meterse en cama, Mary dijo a Sterling, que ya reposaba tranquilamente en su lecho, paralelo al de la mujer:

—John, me da miedo ese príncipe oriental...

Con voz soñolienta y apagada, respondió:

—Pues a mí sólo me pone de mal humor el haber dejado mis escopetas en tierra.

Ella calló, agitada nuevamente por la melancolía que la embargaba. ¡Tan feliz como hubiera sido de no sentir la persecución del príncipe, el lento asedio de un hombre que no retrocede en sus propósitos!

Quería comunicar a su marido los temores de que era presa y le dijo:

—John, ¿has notado de qué manera me trata el príncipe?

—No noté nada... Pero por fuerza un oriental tiene que parecerse raro.

—Me dijo que yo era una orquídea de nuestro país...

—¡Bah!

—Y me dijo que el sol de Java despoja a las mujeres de su falsedad.

—¡Gracioso... gracioso!...

Un nuevo paréntesis de silencio. Mary, criatura fiel, aunque conmovida por el nuevo ambiente que vivía, quería que Sterling se hiciera partícipe de sus inquietudes. Deseaba confesarle toda la ver-

dad, que entre los dos no hubiera ya la separación de un secreto.

Al cabo de unos minutos, su voz fría y un poco agitada, exclamó:

—John, tengo que decírtelo... ¡además el príncipe me cogió en sus brazos y me besó a la fuerza! ¡Debes evitar que le vuelva a ver!

Y suspiró profundamente, habiendo alejado de sí el remordimiento de su silencio.

Esperó anhelante la respuesta de John... ¿Cuál iba a ser su actitud? ¿Iría a pedir explicaciones al osado oriental? ¿Le desafiaba en pleno huque, manchando el viaje con sangre?

Pero Mary vió con la mayor extrañeza que el marido no se movió... Entonces levantóse de puntillas y se acercó al otro lecho.

Sterling dormía ya... La confesión de ella no habían podido recogerla sus oídos. Mientras Mary, temblorosa, le indicaba el incidente del beso, el marido se había rendido a Morfeo.

Le miró con dulce piedad y volvió a su cama... Tal vez era mejor que no lo hubiese sabido. De esa manera se le evitaban disqua-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

tos, resquemores, el apartarle de sus negocios. Porque para Sterling no era aquel un simple viaje de recreo. Continuamente vibraban las ondas hertzianas preguntando por él; de San Francisco llegaban mensajes radiográficos inquiriendo la resolución que debía darse a los distintos asuntos, y Sterling debía tener la cabeza privilegiada y fría para poder dirigir la empresa a través de la distancia.

Callaría. Al fin y al cabo, ella se bastaba para defenderse contra cualquier agresión. Con el escudo del amor a Sterling, ella se reía de los galanteos del oriental.

Volvió al lecho y estuvo largo rato sin poder conciliar el sueño, agitada por extraños pensamientos. Por fin sus fuerzas se rindieron y pudo dormir, pero su imaginación, incoherente y desordenada

sin el dominio de la voluntad, volvió a atormentarla en sueños.

Soñó que el príncipe de Gare la besaba, con un beso largo, absorbente, que no se terminaba nunca, y que de pronto aparecía Sterling revólver en mano y disparaba contra ellos...

Dió un grito y saltó del lecho con la agitación del terror. Sterling despertó también asustado ante la voz de su esposa.

—Pero, ¿qué ocurre? ¿Qué te pasa?—le preguntó.

—He tenido una horrible pesadilla, John... Una cosa terrible.

—Tus nervios irritados, niña... ¡Vamos, cálmate, cálmate!...

Y la besó bondadosamente acariciándola como a una niña. Y poco a poco, junto a su marido, fué calmándose la agitación de Mary y difundiéndose en la sombra las escenas dolorosas...

* * *

Durante los días siguientes de navegación, procuró Mary ver al príncipe lo menos posible. Pero

así y todo, coincidió con él en las salas de té, a la hora de las comidas, en los paseos por cubierta.

No había vuelto a quedarse sola con él. Si alguna vez el príncipe la invitaba a bailar, ella aseguraba que se sentía mareada y prefería quedarse al lado del marido. El príncipe entonces sonreía y clavaba los ojos en Mary con una agresividad de señor. Mary con la vista fija en otra parte, notaba como él la estaba mirando y experimentaba un irritante malestar.

No había vuelto a confesar a Sterling que Gare intentó besarla. Tal vez se desafiasen y ella no quería ser la protagonista de un drama y de un escándalo social.

Era mejor seguir evitando la soledad con aquel hombre que al contrario de los amantes occidentales, que suplican, se lamentan, pretenden sufrir ante la mujer que quieren, se reía, la contemplaba con la tranquilidad del cazador que tiene la presa a sus pies.

Esto enloquecía a Mary. ¿Aquella ironía con que la rodeaba aquel hombre! ¿Pues qué se había creído? ¿No... no!... Jamás obtendría de ella ni siquiera el placer de una sonrisa.

Consiguio Mary intimar con al-

gunas pasajeras y éste fué un nuevo motivo de alejamiento del príncipe.

Jugaba al ajedrez, al "poker", o se dedicaba a ayudar a las viajeras en algunas labores de filigrana. Si de Gare se llegaba a ellas, Mary se mantenía en una reserva implacable.

Y los días fueron cayendo en el mar... Y cada mañana la luz parecía ser más intensa, más pura como si brotase del propio fondo del Pacífico. El agua tenía una claridad transparente y parecía que iban a surgir los nidos de coral rosa.

Y una mañana el barco hizo escala en uno de los puertos del archipiélago. El vapor se detenía allí varios días para que los pasajeros pudieran visitar cuanto de maravilloso encierra la isla. Después la hermosa nave proseguiría su viaje hacia otras tierras de Oriente, cálidas y misteriosas.

Mary protestó contra la determinación de su esposo.

—¿Por qué hemos de ir con el príncipe?—le dijo poco antes de desembarcar.

—¡Poca simpatía le tienes, a fe!
¡Y, sin embargo, es tan bueno! No
podemos negarnos a la invitación.
Nos ofrecerá su palacio y sus con-
sejos sobre mis futuras compras.
Además me proveerá de mi equi-
po de caza y creo que va a orga-
nizar una carcería de tigres.

—Preferiría ir sola contigo,
John.

—¡Cálmate, Mary! Voy com-
prendiendo tus temores. Te da
miedo el trato de los hombres de
otra raza. Sin embargo, tienen una
civilización refinada, aprendida de
nosotros con la que se han identi-
ficado... ¡De Gare es todo un ca-
ballero! Ha vivido mucho tiempo
en América y conoce nuestras cos-
tumbres.

—Sí... sí...

Y sonreía con tristeza recordan-
do aquel beso arrancado a la viva
fuerza, aquellas miradas en que
había todo el anhelo de los que se
consumen en una llama de amor.

Pero se resignó a su destino.
Se hospedaría con John en el pa-
lacio del príncipe... Ella sola se
bastaba para defenderse.

Despidióse de sus compañeros

de vapor y subió al tren que debía
conducirles a la propiedad de de
Gare.

Ocupó con su marido un departa-
mento reservado. En el mismo
vagón y en otro departamento cer-
cano, estaba el príncipe de Gare
con su servidumbre.

Y pasaron las horas. Mary des-
de la ventanilla contemplaba el
maravilloso paisaje.

Java es una tierra con la belle-
za y la fertilidad de un paraíso,
pero castigada por el beso abrasa-
dor de un sol implacable.

El calor era pegagoso. La luz
del sol parecía agujerear el techo
del vagón, penetrar con inaudita
violencia por las ventanillas y ve-
nir a herir el cuerpo de los viaje-
ros.

Aunque éstos llevaban vestidos
blancos, que amortiguaban algo el
bochorno de la temperatura, se
sentían saturados por la languidez
del calor.

Mary se arrepentía de su viaje.
¿Por qué había emprendido aque-
lla aventura? ¡Tan bien como se
estaba en América, en San Fran-
cisco! En aquel instante recordó la

suavidad de las playas de su país y por contraste le pareció más amarga la realidad.

—Me estoy muriendo de sed— dijo.

—Aguarda un instante.

Sterling fué a ver al príncipe para pedir un poco de agua.

—Voy a prepararle una bebida exquisita, algo propio de mi país que habrán de encontrar agradable—dijo Gare.

Volvió Sterling junto a su esposa rogándole que tuviese un poco de paciencia.

Cinco minutos después apareció un criado indio con dos copas llenas de un líquido de ópalo. Era un rico jugo de frutas, pero de frutas desconocidas en los otros países, frutas de un sabor divino como deberían ser las del Paraíso terrenal.

Apenas hubo marchado el servidor indio, Sterling saboreó gloriamente aquella bebida luminosa.

—Prueba tu copa, Mary... Eso es cosa de brujería... No creo que pueda darse al paladar un gusto más refinado.

—¿No quiero?—respondió brus-

camente apartando la copa de oro líquido.

—¿Pero no acabas de pedir un refresco?

—Sí. Tengo mucha sed. Pero no quiero recibir nada de ese extraño príncipe. Ya sabes que me disgusta su presencia, su compañía, que querría verle lejos de nosotros.

—Me sorprende cómo puede desagradarte. Es un hombre encantador—respondió ingenuamente.

—Me disgusta su compañía y todo lo que proviene de él—dijo juntando las manos en actitud desesperada—. ¡Ya sabes que yo no quería que aceptases su invitación!

—La simpatía y la antipatía de las mujeres, siempre se basan en un absurdo. ¿Podrías explicarme en qué te ha desagradado?

—¿En qué? Pues mira... yo...

Pero se interrumpió de repente... ¿Qué iba a hacer? ¿Por qué sus labios iban a violar el secreto? Desgraciadamente, éste ya no era el momento de hablar. Había tenido que ser en el barco, cuando ella y Sterling estaban protegidos

por la compañía de gentes amigas...

Ahora, no... Ahora estaban en tierra extraña, en un país que obedecía al príncipe de Gare y donde ellos dos no eran más que extranjeros a los que sólo se toleraba mientras no molestasen demasiado.

Hubiera sido una locura indisponer a Sterling con el príncipe. Este hombre tal vez tomase entonces funesta venganza contra los dos, y en su imaginación excitada, Mary veía caer a su marido bajo una implacable copa de veneno y a ella encerrada en un palacio, vistiendo un traje oriental y en compañía de otras mujeres que se odiaban con celos primitivos...

—Habla de una vez... ¿Por qué ese odio?—insistió Sterling.

—Nada... John... realmente nada... No tengo motivo... Es el ambiente... es el viaje que yo no debía haber realizado... Ese calor... ese terrible sofoco... Me ahogo... no puedo más...

Y cayó como herida de muerte sobre el diván...

—¡Mary! ¡Mary!

Pero ella no volvía en sí, y Sterling, atemorizado, la tendió sobre el asiento y corrió a advertir al príncipe de lo que ocurría.

Entró Gare, viendo a la señora desvanecida. Con una rápida ojeada admiró aquel hermoso cuerpo dormido, adorable de esbeltez.

Puso una mano sobre sus sienes; le tomó el pulso y luego dijo a Sterling que le contemplaba anhelante:

—No se asuste... Yo entiendo de medicina... Y eso es un vahido originado por el calor.

—Voy a buscar mi frasco de sales... Pero está ahí, arriba, en mi equipaje.

—Vaya usted a decir a mi criado que le dé el que yo llevo siempre... Es de efectos infalibles.

Precipitadamente salió el señor Sterling, y el príncipe quedó ante Mary, desvanecida.

Sus manos acariciaron aquella frente de marfil, las mejillas delicadas, la garganta plena y larga de cisne. Entre la blancura pálida del rostro, los labios de carmín conservaban aún su rosa artificial...

Tentado estuvo el príncipe de besarlos.

Después desabrochó levemente la blusa de Mary dejando al descubierto el hermoso descote. Sus manos temblaron atrevidas, vacilantes, deseando arrancar toda la botonadura. Pero la presencia de Sterling le detuvo.

—Deme el frasco.

—Hágame el favor de decirle a mi criado que le dé el otro frasco. Es de un efecto mayor—dijo Gare.

Volvió a salir el marido, asustado ante la idea de que su dulce Mary se pusiera enferma en aquel país, lejano, con asistencias extrañas.

Gare acarició de nuevo el rostro de la enferma y acercó a sus labios el refresco de color opalino...

La dama sorbió ligeramenta la bebida y poco después abrió los ojos.

—¿Se encuentra usted ya bien, señora?—le dijo.

—Sí... Sí... pero... John...

Este acababa de llegar trayendo el otro frasco.

—Mary... ¿cómo estás?—dijo Sterling acariciando sus manos.

—Pero, ¿qué me ha ocurrido?

—No te asustes, es el calor de esta tierra, querida.

—No volverá a sucederle. Se irá usted aclimatando al ambiente, a mi país. Estoy seguro—dijo el príncipe.

—Sí... sí...

Pero en el fondo de su alma volvía a arrepentirse de haber realizado la excursión... Ir por aquellos países era cosa de hombres. Las mujeres, avezadas demasiado a la comodidad, sufren las consecuencias del clima.

Sentóse al lado de su marido, colgándose de su brazo, su gesto preferido cuando estaba ante Gare, mientras éste había ocupado el asiento frontero al suyo y les iba explicando detalles interesantes de aquella tierra de sol ardiente.

Mary entornaba los ojos y veía el paisaje de vibrante color, de flores majestuosas, campos innumerales y encharcados por las plantaciones de arroz, geométricas extensiones donde se criaba el té... Y

a lo lejos, bosques, bosques espesos, nidos de fieras que se consideraban reyes de la creación y luchaban contra los audaces cazadores que de vez en cuando a lomos de elefantes se presentaban en son de guerra.

—¡Siempre he tenido el deseo de cazar tigres, siempre!... Y na-

die como usted puede ayudarme a ello...—decía el comerciante.

—Usted cazará, señor Sterling... usted cazará... Y yo cazaré también—reposeo sonriente, mirando a Mary.

Y Mary, a pesar del intenso calor, sintió dentro de su piel una racha estremecedora de frío.

* * *

Horas después abandonaron el tren subiendo a un automóvil que en poco tiempo les llevó por una carretera bordeada de una vegetación lujuriosa, ante la propiedad que poseía el príncipe.

Una doble hilera de indígenas flanqueaba la amplia escalinata que conducía a la puerta del palacio.

Todos se postraron al ver aparecer a su señor... Avanzó éste sonriente por entre las filas de servidores, seguido del matrimonio Sterling que contemplaba con curiosidad aquel espectáculo exótico.

Un indígena iba detrás de los Sterling cubriéndoles del sol con

una pequeña sombrilla policromada.

El príncipe se detuvo ante un sacerdote de su raza que había salido a su encuentro. Este le bendijo y le dio a besar una reliquia de sus dioses...

Luego Gare y los americanos fueron avanzando por la escalera de mármol hasta llegar ante una puerta labrada que se abrió de par en par, sin que nadie la empujara.

Otro indígena, vestido con rica túnica, hombre ya de cabello blanco, acercóse a los recién venidos y en su extraño idioma pronunció un discurso.

Contestó Gare en la lengua del país, mientras los Sterling, sonrientes, se preguntaban lo que habrían dicho.

—Me dice que es usted bella como el sol de la mañana—explicó el príncipe a Mary—. Y yo agregó que usted es más bella que nuestras flores y son las más bonitas del mundo.

Mary bajó los ojos mientras Sterling agradecía amablemente la salutación poética. Creía que era simple galantería, la costumbre oriental de hablar siempre en metáfora o simbolismo... No podía sospechar que tras aquellas delicadas se ocultara la palpitación del deseo, idéntico, con la misma brutalidad que en los hombres de todas las civilizaciones.

A medida que fueron adelantando por el salón, la sorpresa les hizo enmudecer.

Ante ellos se extendía una mesa larguísima cubierta por las más hermosas frutas, por los manjares más exquisitos, por platos y copas de oro. Junto a ella había unos doscientos comensales en actitud

humilde, silenciosa, aguardando el instante de poder comer.

Gare había reunido allí las comodidades más refinadas.

Y su palacio de Java era como un alcázar de la más pura civilización occidental, pero embellecida por el ensueño mágico de que sólo son capaces las fantasías del Oriente.

Presidieron juntos aquella mesa, y a una orden del príncipe, los comensales, gentes de más renombre del país, comenzaron a devorar aquellos platos de un festín pantagruélico...

Terminada la comida, que Mary tuvo que confesar tenía una incomparable exquisitez, pues aquellos manjares aparecían como perfumados por algo desconocido en las cocinas europeas o americanas, el príncipe les acompañó a sus habitaciones. Sterling no había comido tanto; hombre no tan refinado como su esposa, no gustaba de complicaciones culinarias prefiriendo a todos aquellos pasteles perfumados un buen bistec con patatas.

Recorrieron varias estancias que

evocaban los cuentos de Scherezaida. Se oían al pasar por los corredores tenues rumores de surtidor, de hilillos de agua que caían en el cercano jardín.

Sterling miró a su esposa con entusiasmo... ¿No era todo aquello admirable? ¿En qué hotel, en qué casa hubiesen encontrado una residencia tan espléndida como la del príncipe? Y también Mary, a pesar de todo, se sentía seducida por aquel arte que la rodeaba, por aquella fantasía de cuento de las Mil y una noches.

Penetraron en un espléndido cuarto, de proporciones enormes, pero decorado con una fastuosidad de palacio real.

—He aquí su habitación—dijo el príncipe a Mary.

—¡Ah!, ¿no estaré con mi marido?—preguntó alarmada.

—Su esposo ocupará otra estancia tan amplia como esa...

Ella sintió una vaga inquietud, pero disimuló...

Cuatro muchachas vestidas con caprichosos kimonos avanzaron hacia Mary y se hincaron a sus pies.

—Estas son sus doncellas—dijo el príncipe.

—No digas, Mary... Tantas comodidades no las conocemos nosotros—exclamó el marido.

—En realidad todo eso es muy interesante—dijo Mary, deslumbrada al pasar por aquel ambiente.

—La mayor dicha de un oriental es que sus huéspedes queden contentos. Mi casa, mi servidumbre, cuantas cosas puedan encerrarse aquí, las brindo a ustedes.

—Gracias... gracias... Si no fuera el calor...—dijo Sterling.

—Para eso no hay remedio absoluto, pero sí un poco de alivio.

Avanzaron a un cercano mirador desde el que se divisaba el panorama incomparable del crepúsculo que parecía lanzar flores de color violeta y rojo sobre la tierra.

De Gare dió una orden a unos criados y momentos después una cortina de agua bañaba el embalsado.

—Es una ducha para refrescar la temperatura del ambiente. El vapor del agua penetrará en su habitación y amortiguará la sequedad del calor. Y ahora venga con-

migo, señor Sterling... Voy a mostrarle su habitación.

Salieron los dos hombres dirigiéndose por el corredor a otra estancia, tan amplia y tan lujosa como la anterior... Indudablemente Gare debía poseer una incalculable fortuna.

Dos mujeres jóvenes y bonitas avanzaron hacia los recién venidos mirándoles con ojos dulces.

—Son sus doncellas—dijo Gare.

—¿Mis doncellas? ¡No... no! —exclamó Sterling, riendo—. Con eso no transigo, príncipe... Quiero evitarme un disgusto con mi mujer.

—¿Por qué? ¿Qué importa eso?

—Llévese las dos criadas, amigo mío... No necesito que nadie me haga la "toilette".

A una orden del príncipe las dos doncellas, que sonreían con pasiva tranquilidad, se alejaron.

—Aunque no lo parezca, esta habitación está en comunicación con la de su esposa. Como las dos son tan grandes, a pesar de la distancia, es usted vecino de su mujer.

Descorrió una amplia cortina

tras la que apareció una puertecilla entornada.

La abrió y encontróse en uno de los lados de la habitación destinada a la señora Sterling.

Esta, que ayudada por sus doncellas se disponía a desnudarse, miró temerosa al príncipe creyendo que entraba solo. ¿Cómo se atrevía a penetrar en la habitación de una dama?

—Le pido perdón, señora—dijo Gare, sonriente—. Vengo con su marido.

Sterling apareció instantes después y dijo, riendo:

—No me esperabas, ¿verdad? Somos vecinos... Esa oculta puertecita nos pone en comunicación.

—Les dejo ahora—dijo el príncipe—. Necesito dar unas cuantas disposiciones para que todo esté en orden. A las dos tendremos una fiesta.

Y saludándoles amablemente, abandonó la habitación.

—¿No crees que estamos soñando? Esto es un palacio de maravilla—dijo Sterling—. Cada vez bendigo más la ocasión de haber

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

conocido a ese príncipe.

Ella sonrió levemente comenzando a despojarse de su vestido para ponerse otro hermoso traje

con el que asistir a la fiesta anunciada.

En medio de sus preocupaciones, no olvidaba que era mujer...

* * *

Pierre Loti se hubiera maravillado ante aquella fiesta de ensueño. Había amortiguado el calor y por las ventanas abiertas parecían venir oleadas de aire perfumado.

Los Sterling fueron a un salón de columnas de alabastro; de techo recamado de oro.

El príncipe les obsequió con vinos de los mejores zumos, de vides delicadas, de sabor no gustado jamás por el matrimonio... No se parecía a ninguno de los vinos probados hasta entonces; tenía una dulzura extraña, un perfume misterioso, añejo, como si procediese de las viejas civilizaciones aun no despertadas por la investigación de la Historia.

Sterling no fué parco en beber... Un criado le llenaba constantemente la copita.

—Me va a hacer daño—dijo, riendo.

—Sí; no debes beber más—le advirtió Mary.

—Ese vino no embriaga... sino el alma—dijo Gare con melancólica entonación.

Y Sterling siguió bebiendo, al contrario de Mary que apenas lo probó, comprendiendo que no debía perder la serenidad ni las posibilidades del dominio sobre sí misma, pues el príncipe seguía contemplándola a hurtadillas con ojos de nostálgica inquietud.

Unos cuantos guerreros artistas realizaron ante el príncipe y sus invitados, varios bailes... Mezclaban los giros de sus cuerpos semidesnudos con extrañas voces de su lengua primitiva que tenía cierta evocación de la selva. Iban arma-



...simultáneamente con sonrisas a las aclamaciones.



...un joven egrégio en luto...



— Disculpe, señora.



— Vamos a desayunar de San Francisco.

—... es usted como las orgánulas de su tierra...



—He tenido una horrible pesadilla...



Ceoi și 195-americanos furon avan-
tatores...



Aici zălea se extindea una mese larguțimă...



Presidieron tal vez aquella mesa...



— Entre sus sus amiguitos.



... se miró al espejo, inmóvil y
orgullosa de su belleza.



— No puedes viajar de esta manera...

Asustada, plena de servilidad, abetó la
muerta.



— ¿Por qué ha estado usted huyendo de mí?



—No hay que perder un instante.



—¡Quiet! ¡Arriba las manos!

dos de sables, de alfanjes de hojas relucientes y simulaban un combate entre ellos hasta que uno de los adversarios caía vencido.

El espectáculo fué muy del agrado de los norteamericanos. Sterling, de una manera superficial, se sintió feliz con aquella exhibición dedicada exclusivamente en su honor, mientras Mary experimentaba un extraño malestar al verse en aquella tierra, a tantas millas de su patria, y sintiendo cerca de sí la constante mirada de un hombre fino, misterioso, que la pretendía, que la deseaba con la impetuosidad de las pasiones del amor.

Después, fueron unas bailarinas las que sobre una alfombra persa describieron un baile pagano... Casi desnudos sus cuerpos morenos de sol, se agitaban al compás de una música melodiosa.

Una de las bailarinas vestida con un maravilloso traje de pedrería, danzó un ritmo candente, evocador del amor.

—¡Qué traje tan bello!—comentó Mary mirando con ojos vibrantes de admiración aquel vestido de incomparable valor.

La reunión se prolongó hasta media noche, amenizada por músicas de un exotismo singular, melancólicas como la de todas las razas en sus principios.

Al toque de las doce, los danzarinas se retiraron, y el príncipe de Garo besando con fuerte beso la mano de Mary, le dijo:

—Espero que la velada le habrá sido agradable, señora.

—Sí. Es una fiesta que siempre recordaré.

—Para mí, inolvidable. Las cosas que podré contar cuando regrese a Norteamérica... —dijo Sterling.

—¡Ah, cuando ustedes se vayan! Mi palacio quedará triste como yo... ¡Tan hermosa como es la amistad!

—La nuestra siempre será sincera.

—Yo lo espero.

Mary besó a su marido y después de decir un breve "Buenas noches" al príncipe, entró en su habitación.

Dos doncellas le aguardaban ya, sonrientes, prontas a servirle, humildes y de maneras delicadas.

Comenzaba a despojarse de las joyas cuando entraron otras dos doncellas trayendo el hermoso traje que había vestido la bailarina.

—El príncipe se lo regala a usted, señora.

—¿Para mí? ¿Esa maravilla? —dijo abriendo mucho los ojos.

—Creo que le agradó a usted, y mi señor sólo quiere servirla.

Atarició con emoción aquel traje de pedrería... En sus ojos brilló el mágico deslumbramiento que causa a la mujer el lujo, la originalidad.

—Quiero probármelo ahora mismo—dijo—. Pareceré una princesita oriental.

—La más hermosa que iluminó nuestro sol—dijo una doncella.

Vistióse el precioso ropaje y se miró al espejo, conmovida y orgullosa de su beldad.

Ordenó a las doncellas que se marcharan y aún estuvo largo rato admirando el soberbio tesoro de su traje... Parecía que también iba ella a bailar, a entonar una de aquellas canciones en lengua desconocida.

Sonrió, iluminada por una idea

feliz... Quería que su marido la viese de aquel modo. Su marido que era su primer y sincero admirador.

Descorrió el cortinaje y empujando suavemente la puerta penetró en la estancia de Sterling.

Estaba a oscuras. El buen marido dormía ya... Pero sin compasión para él encendió la lámpara de una mesita cercana a la cama que dejó la habitación sumida en una insinuante claridad de alcoba.

Sterling dormía profundamente... Ni siquiera la luz había hecho abrir sus ojos. Seguramente las libaciones de horas antes le daban aquel sueño pesado e impropio en él.

Le tocó por un brazo varias veces hasta conseguir que abriera los ojos...

Sterling levantó aturdido la cabeza, extrañado de ver luz en su habitación.

¿Es que era ya de día? Pero su sorpresa fue mayor al ver a Mary que riendo ante él con los brazos levantados, danzaba con el traje de bailarina india.

Restregóse los ojos creyendo ser víctima de una alucinación.

—¿Qué diablos es eso que llevas encima?

Ella sin cesar de bailar, respondió:

—El vestido de la danzarina sagrada. Me lo acaba de enviar el príncipe.

—Te está muy mal, querida. Quitate ese disfraz y acuéstate.

—Pero si es una preciosidad.

—Nada... nada... no estamos en Carnaval... Pero déjame dor-

mir que me siga cayendo de sueño.

Y se volvió despectivamente de espaldas volviendo a cerrar los ojos para que no la importunara más.

Disgustada, Mary se alejó, lamentando que su marido no admirara cómo se merecía aquel vestido que de modo tan extraordinario realzaba su belleza.

Regresó a su habitación y antes de meterse en cama, sintió el deseo de acercarse al mirador y respirar un poco el aura delicada de la noche.

La luna bañaba con su dulce luz el mirador y el cercano jardín.

Por fin Mary respiraba bien, a su gusto, después del calor sufrido. Las noches son divinas en las tierras de Java. Pero son noches breves y de nuevo el sol vuelve a arañar.

Iba ya a retirarse cuando vio llegar al príncipe de Gare. Comprendió instantáneamente que estaba en grave peligro. Quiso retroceder,

pero Gare le vedó el paso con sus coquitas maneras.

—¿Por qué se va usted ya? ¿Tan desagradable le es mi compañía?

—Nada de eso... Pero hace ya tiempo que estoy aquí y debo retirarme a mi cuarto.

—¿Por qué es usted tan atisca conmigo? ¿Cree que no lo he adivinado? Sé bien todo lo que pasa en su corazón.

—Se equivoca usted. Con nadie soy arisca y no haría una excepción con el hombre que a mi marido y a mí les da hospitalidad.

—¿Y no comprende usted por qué me desvivo en atenderles? Su marido es un hombre simpático, sin duda, un buen amigo... pero usted... usted es la mujer más interesante del mundo...

—Príncipe, creo que olvida usted su situación y la mía.

—¿Qué me importa todo? ¡Ah, señora! Yo quisiera crear para usted sola un nuevo paraíso.

—No puedo escucharle. Déjeme usted pasar.

—No se vaya. La noche convidaba a hablar mucho... Y yo necesito decirle que usted ha embriagado mi alma, que será mía, pese a quien pese... y sin que pueda evitarlo.

—¡Oh! no... no...

—Es inútil... Java es el amor... Está usted herida por él... Su alma soñadora no puede ser feliz al lado de un hombre viejo y emborrachado por los negocios. Necesita usted más... y en mi mano está el poder alcanzarlo. A mi lado será

usted reina, pero con un reino material.

Y estrechándola febrilmente en sus brazos, le dio un largo beso de amor.

Loca de vergüenza, de temor, de ira, Mary desprendióse de él diciendo ferozmente:

—No... no... nunca...

El príncipe no la retuvo esta vez. En su terrible sonrisa había la seguridad del triunfo... Creía conocer a las mujeres; sucumbiría a la influencia del ambiente.

Mary entró en su cuarto cerrando temerosa las puertas... ¡Ay, aquel hombre! Le daba miedo, horror, pues su asedio era continuo, tenía la persistencia de la gota de agua.

No le amaba, no le interesaba... Vaciló en comunicar a su marido aquella constante persecución. Tuvo miedo por él... y por ella misma... Se encontraban por completo en poder del príncipe de Gare, rodeado de gente extraña y fanática que a una orden del amo se lanzaría contra ellos como una hambrienta jauría.

¡Ah, había que defenderse sola, aunque fueran pocas y débiles sus fuerzas de mujer!... Comprendía que el príncipe era peligroso, pero ella ni le amaba ni sentía interés alguno por él. Quería mantenerse fiel al marido, al hombre honrado que estaba bien lejos de pensar en todos aquellos acontecimientos.

¡Cuán larga sería la estancia en este país! ¡Era preciso abre-

viar, terminar pronto los trabajos!

El día en que se viese de nuevo en un barco, camino de su América amada, se sentiría la mujer más feliz del orbe.

Y aquella noche apenas pudo conciliar el sueño agitada por visiones dolorosas, por pesadillas enervantes en las que siempre aparecía el príncipe de Gare como triunfador.

• • •

Al día siguiente determinó Mary su plan. Era preciso permanecer constantemente al lado de Sterling, única manera de evitar que el príncipe prosiguiera su intento de seducción.

A media mañana el señor Sterling recibió un telegrama de su casa de América que decía:

John Sterling.

Dijo Kakorta.

La Eaesten Company está inte-

resada comprar plantaciones de Java. Aconsejo se anticipe compra para evitar competencia.

Benson.

Corrió a comunicar a Mary el texto del mensaje y agregó:

—Tengo que recorrer mis propiedades diferentes hoy mismo. Sería mejor que te quedaras en casa.

—¿Yo? No... no...

—Pero, ¿por qué no quieres quedarte? Tú misma te quejabas del

calor... Yo lo habré de pasar asfixiante.

—No me importa... pero quiero estar contigo.

—Me parece que acertarías permaneciendo aquí.

—Todo lo contrario.

Se preparó para marchar con la alegría de que el príncipe tuviera que quedarse solo cuando había soñado tal vez en que la amada y perfumada presa quedara libre de protección.

Poco después subieron a un automóvil de blanca carrocería que les iba a conducir a través de la isla. Estuvieron unos momentos parados.

—¿Nos marchamos?—preguntó ella.

—No, Mary. Me había olvidado de decirte que el príncipe viene con nosotros.

—¿El príncipe?

Palideció horriblemente... Si ella acompañaba a su marido, si se resignaba a soportar las penalidades de la expedición, era con el deseo de huir de aquel exótico individuo... Y ahora Gare se agregaba a la excursión y lo tendría a su

lado, y aun la intimidad había de ser mayor.

—Pero, ¿por qué viene?—preguntó.

—¡Es tan bueno, tan bondadoso! No quiso que realizase solo la expedición y se brindó generosamente a acompañarme. ¿Te disgusta?

—Ya sabes que Gare no ha sido nunca santo de mi devoción.

—Quédate entonces...

—No... ya no... También tendría miedo aquí sola.

Y hubo de resignarse a ver cómo el destino se complacía en atormentarla, en mantenerla junto al hombre que hubiera querido ver lejos, eternamente lejos...

Minutos después llegó el príncipe, acomodándose satisfecho en el automóvil, a la derecha de Mary, quien tenía al otro lado a su marido.

Y el coche empezó a correr por la mal cuidada carretera del país, experimentando Mary un profundo malestar al verse encerrada en aquel vehículo estrecho, sintiendo junto a ella el contacto de aquel hombre misterioso que se inclinaba

ba sobre ella, rozándola tenuamente con su brazo y hablándola con la nostalgia exótica de los pobladores de la isla. Ajeno a la conversación, Sterling consultaba unos planes, preocupado por el deseo de acertar en la adquisición de las plantaciones.

Poco a poco el paisaje fue más bello, más cautivador... Y el malestar que embargaba a Mary pareció ceder ante la emoción estética del panorama de la isla.

Era maravilloso cuanto les rodeaba. Los grandes y esbeltos árboles llenos de flores de oro, los murmullos de las aves cantoras, el canto de los arroyuelos, los frutos colgados de las ramas como esferas de luz, les hacían exhalar exclamaciones de admiración...

El príncipe parecía mostrarse orgulloso de aquel entusiasmo inquieto de la señora y la miraba, pretendiendo glosar con su ardiente elocuencia aquella visión de paraíso.

Pero luego el paisaje fue perdiendo color y se apagaron las ardientes tonalidades de su flora... Ahora habían sido sustituidas por

inmensas extensiones llanas, encharcadas, donde se cultivaba el arroz y donde millares de campesinos, desnudos hasta las caderas, trabajaban bajo una malsana humedad. Después vinieron las plantaciones de té, hectáreas inmensas de un terreno que ofrece al mundo la infusión de la bebida aristocrática.

—Creo que la señora podrá ver mejor el paisaje, si bajamos la cubierta del coche—dijo el príncipe.

Ella mostró su alegría contra la opinión de su esposo.

—Es una tontería perder tiempo—dijo Sterling.

Pero ya el príncipe había dado orden al conductor que se parase, y en pocos minutos fue desencapado el vehículo, y prosiguieron la marcha.

Durante más de una hora estuvieron contemplando aquellos paisajes exóticos...

Pero de pronto el hermoso cielo sereno se oscureció con la rápida transformación de los estados de tiempo en los países ardientes.

Y a continuación sopló un aire frío y violento y comenzaron a

caer enormes goterones que se convirtieron a los pocos instantes en una lluvia torrencial.

Los tres viajeros quedaron caídos hasta los huesos. Era imposible entretenerse para cubrir el coche, pues la lluvia arreciaba en forma de diluvio.

Marcharon a gran velocidad buscando un refugio. Vieron cerca de la carretera una casita y a ella encaminaron sus pasos, con la ineludible necesidad de secarse la ropa y encontrar un poco de fuego para retornar al calor.

* * *

La casa pertenecía a unos campesinos indígenas que con toda cordialidad brindaron su techo a los americanos y al príncipe de Gare.

El príncipe sonreía sin dar demasiada importancia al incidente. El hombre de aventura, estaba acostumbrado a jornadas mucho peores.

El señor Sterling se sentía indignado... No porque su traje estuviese empapado sino por el temor de que su mujer, su delicada Mary, se hubiera resfriado.

—Ya ves la ocurrencia que has tenido de acceder a que bajasen la cubierta—le dijo.

—¿Quién iba a pensar?

—Sí... sí... Y ahora supongo

que se te ocurrirá coger un constipado.

—Por mi gusto, no.

—¿Por qué no te quedaste en casa?

Vino una muchacha indígena a interrumpirlos diciendo que el fuego estaba encendido.

—Ve a secarte—indicó Sterling—. Yo voy a ver si el coche está ya en disposición de marchar.

—Pero, ¿no te secas tú también?

—Apenas me he mojado... Quien más ha sufrido las consecuencias de la lluvia, eres tú.

Mary se acercó a la lumbre mientras Sterling marchaba, enfu-

recido por la interrupción del viaje.

Ella tuvo que cambiarse de ropa. La indígena le prestó una especie de kimono con el que cubrió su arrogante cuerpo. Después quitóse también las medias de seda que chorreaban y las puso a secar.

El príncipe desde la puerta había visto el lindo espectáculo de Mary semidesnuda. Aunque de espaldas a la habitación, se inclinó para recoger un objeto caído y pudo contemplar y saborear la incitante figura de aquella incomparable mujer al despojarse de sus ropas.

Viendo poco después al señor Sterling, avanzó hacia él y los dos quedaron en un patio haciendo comentarios sobre la próxima partida.

No tardó en aparecer el conductor del automóvil, diciendo al príncipe:

—La cubierta está puesta, señor.

—Entonces salgamos cuanto antes... Tengo una prisa extraordinaria—advirtió el norteamericano.

Entraron en la habitación don-

de Mary seguía secándose junto al fuego.

Al ver las ropas mojadas de su esposa, Sterling movió la cabeza y dijo:

—No puedes viajar de esta manera a riesgo de coger una pulmonía.

—Pues ¿qué quieres que haga?

—Nosotros no podemos demorar el viaje. Deberás quedarte aquí hasta que volvamos a buscarte.

A Mary no pareció agraderle demasiado la proposición, pero comprendió también que no había otro remedio.

Despidió hasta la puerta a su marido y al príncipe que la seguía mirando con sus ojos burlescos y apasionados.

Llovía mucho... Un indígena de aspecto feroz se hallaba con un paraguas abierto para acompañar al príncipe y al norteamericano al coche.

La presencia de aquel hombre de cerrada barba, de facciones repugnantes, asustó a Sterling y a su esposa.

—Yo no quiero quedarme aquí sola, con esa gente—dijo ella.

—Tal vez tengas razón, pero...

—Estoy seguro de que nada le ha de ocurrir, señora... La gente de esta tierra es buena gente... Tiene a gala brindar siempre la hospitalidad y mucho menos se atreverá a hacer nada con quienes están protegidos por mí. Nuestra ausencia durará sólo unas horas.

Calmadas las inquietudes de Mary, ésta volvió a la casa, mientras los dos hombres se encaminaban al coche.

Poco antes de subir, el príncipe habló en lengua del país al indige-

na. Este se inclinó murmurando unas frases de estrambótico sonido.

—¿Qué pasa? ¿Qué dicen?—preguntó Sterling que estaba un poco preocupado ante la idea de dejar a Mary en poder de aquella gente.

—Le estaba diciendo que si le ocurriera alguna cosa a la señora Sterling, le haría cortar la cabeza.

—¿Usted cree que nada le pasaría?

—Lo tengo por cierto. Pero nunca está de menos la amenaza.

Y en seguida partieron a gran velocidad hacia las plantaciones.

* * *

A Mary se le iban a hacer interminables las horas de aquel día, en que debía permanecer encerrada en la casa indígena. Los dueños de aquella casita eran padre e hija, el hombre de las barbas feroces y repugnantes, y una chiquilla de unos veinte años, hermosa flor de carne morena.

¿Cuánto tardaría en regresar

Sterling! Pero al propio tiempo sentía la intensa satisfacción de que el príncipe estuviera lejos, pues era el único modo de sentirse algo tranquila.

Pero apenas hacía una hora que se encontraba sola, cuando apareció ante ella el príncipe de Gare.

—¿Usted aquí? ¿Y mi marido?—dijo, alarmada.

—No se asuste. Su esposo me ha enviado junto a usted, porque cree que estará más segura si yo le hago compañía... ¿No piensa usted lo mismo?

Ella no respondió, y temblorosa, presintiendo la proximidad de un peligro real y terrible, encerróse en su habitación, dando vuelta a la llave.

No se movería de allí hasta que regresase Sterling. Tenía un miedo inaudito, una gran cobardía de sí misma... Adivinaba que el príncipe pretendería aprovechar la soledad, la ausencia del marido, para pedir y tomar lo que sus ojos venían exigiendo hacía tiempo.

Y las horas fueron pasando, sin que Mary se moviera de su habitación ni el príncipe, sonriente, la importunara para nada.

La doncella entró a Mary unas frutas que ella comió, sin apetito. Y siguió encerrada en su cuarto, imbuida por extraños terrores, creyendo ver aparecer a cada momento la figura del príncipe.

La noche había cerrado ya... La noche tiene un doble incentivo para el terror, pues en vez de ahu-

yentar los fantasmas, los crea en el imperio de sus sombras.

Mary iba de un lado a otro de su estancia en la que voluntariamente se había constituido prisionera...

¿Por qué no regresaba Sterling? ¿Qué hora sería ya? ¿Iba a pasar toda la noche con aquel mismo espíritu de miedo, de temblor que la rodeaba? Ni siquiera sabía qué hora era.

Tocó la campana llamando a la doncella... Esta cruzó una de las estancias para ir a la habitación de Mary, pero el príncipe, que no había quitado los ojos de la puerta cerrada tras la que se escuchaba el rumor de los pasos de Mary, detuvo a la indígena y le dijo:

—¡No vayas! De la señora me cuidaré yo...

Retiróse la muchacha. El príncipe esperó a que Mary llamase de nuevo. Otra vez se agitó la campanilla, y como nadie respondiese la señora Sterling experimentó la sensación de que la habían abandonado.

Por tercera vez repitió desesperadamente la llamada, y el silencio

más absoluto reinó a su alrededor.

¿Esa que estaba sola? ¿Se habrían marchado todos? Esa idea puso a lo largo de su espalda un temblor de frío...

Asustada, plena de nerviosidad, abrió la puerta. Apareció ante Mary la figura del príncipe de Gare.

Gare la miró con la sonrisa del hombre que cree llegado el momento del triunfo.

—Vamos, señora Sterling—le dijo—¿por qué ha estado usted huyendo de mí durante todo el día?

—¿Yo?

—Encerrada en su cuarto, como si yo fuese un criminal. Yo que solo vivo para servirla.

—No me encontraba bien... y por eso no me moví.

Mary había ido avanzando hasta detenerse ante una ventana cubierta por un cortinaje espeso.

—No es eso... no es eso...—le dijo Gare cogiéndola por una mano y sin que Mary pudiera soltarla a pesar de sus esfuerzos—, Usted tiene demasiado miedo...

—No lo crea...

—Miedo... pero no del ambiente, no de nosotros que no le hemos de hacer ningún daño... sino de usted misma.

—¿Qué tontería!

—Es verdad... Tiene miedo a ser débil... a tener que corresponder al amor que le profeso.

—¿Qué me importa su amor? Usted sabe que yo soy de mi marido y que mantengo mi lealtad.

—Usted vive una existencia anormal, querida. No conocía usted más que su vida burguesa en San Francisco, al lado de un marido que es una perfecta persona, pero no creo pueda ser el ídolo de su amor. Y yo soy lo que usted necesita, lo que su alma desea... A mi lado será usted una reina... dueña de los mejores tesoros y de las más grandes fortunas de la tierra, la mujer amada con locura... Mary... Mary...

Desesperadamente, sin dárle tiempo a que intentase la defensa, se abrazó a ella y la besó rabiosamente en la boca, con un beso terrible en que parecía concentrarse todo el ardor de una raza salvaje.

Los brazos de ella pugnaron por

desasirse del lazo, pero los labios de Gare seguían besándola... y entonces... algo extraño... una ansia repentina de aventura... tal vez... aquella necesidad de ambiente nuevo de que hablaba el príncipe, se apoderó también de Mary... Y le besó a su vez, y así permanecieron un momento unidos, con los labios juntos, bajo caricias de fiera.

Se oyeron pasos y sintióse el rumor de la portezuela del patio que se abría.

Horrorizados deshicieron el

abrazo y se miraron como dos cómplices atemorizados por su delito.

—Oigo pasos... Es su marido —dijo Gare.

—¡El... él!... ¡Qué espanto! ¡Si nos hubiera sorprendido!

Y volvió a su habitación, cerrando la puerta y dejándose caer en el lecho, con las manos apoyadas en la cabeza, sin acertar a definir aún la verdadera realidad de los momentos vividos. Su corazón palpitaba violentamente, pero en sus labios había como un sabor de miel.

* * *

No se habían equivocado. Era Sterling el que regresaba a la casa después de su visita a varias plantaciones de las que había concertado la inmediata compra.

En el momento en que iba a entrar en el patio, un espectáculo brutal, inesperado, trágico, le hizo permanecer inmóvil mientras sus dientes castañeteaban bajo una brutal impresión nerviosa.

A través de la ventana iluminada y cubierta por la espesa corti-

na, acababa de ver la silueta de un hombre y una mujer que se besaban apasionadamente.

Sintió un terrible dolor de corazón, pareciéndole que aquella mujer era Mary y que el hombre, alto y delgado, era indudablemente el príncipe de Gare.

Vio como los amantes se separaban y huían hacia el interior de la habitación, y aquel espanto y aquella prisa que parecían deno-

tar, le hizo comprender la exactitud de su sospecha.

¡Ah, miserable! ¡Pero estaba soñando? ¡Ella, la Mary adorada y pura como la nieve de las altas cumbres, traicionándole, besando a otro hombre, violando la fidelidad conyugal?

¡Y aquel infame, aquel criminal se aprovechaba de su ausencia y de la buena amistad que le profesaba para penetrar en el cercado ajeno y robarle la más hermosa de sus flores!

Entró, furioso, en la casa. Pero hombre de Occidente, comprendió que era necesario el disimulo, la lenta investigación hasta convencerse de la infame realidad.

Dudaba aún a pesar de lo que habían visto sus ojos... Se hacía la extraña ilusión de que todo era una pesadilla, una visión agitada y engañosa.

El príncipe de Gare, avanzó hacia él con una sonrisa tranquila. No pensaba que Sterling les hubiera podido ver bajo la luz.

—¡Hola, señor Sterling!... ¿Cómo fué la excursión?—dijo con afectuoso cariño.

—Bien... Pero... ¿dónde está mi esposa?—exclamó con voz alterada.

—Se ha retirado hace tiempo a su cuarto. Es aquella su habitación.

Sterling, frío y pálido, penetró en la estancia de su mujer y ésta al verle simuló despertar y levantóse del lecho.

—¡Maridito mío! ¡John!—dijo con el cariño falso y exagerado de las mujeres obligadas a disimular—. Te he esperado con angustia... Creí que nunca volverías.

—¿Qué has hecho durante mi ausencia?

—No me he movido de aquí... Solá... siempre solá... pensando en el John de mi alma.

Al propio tiempo sus manos se agitaban y sus ojos parpadeaban fulgurantes.

El la miró, con una fijeza agresiva, de hombre superior que no tolera una ofensa.

—¿Por qué estás tan nerviosa?

—Es que durante tu ausencia he tenido miedo de que te ocurriera alguna desgracia.

Volvió a mirarla airadamente.

sin poder creer que aquellos ojos tan puros, tan maravillosamente bellos y tan intensamente amados, hubieran mirado a otro hombre de la misma manera.

¡Pero aquella agitación, aquella nerviosidad, aquel temblor de las manos!

¡Ah, remía volverse loco!

Sin decirle nada más, abandonó el cuarto. En la contigua sala vió al príncipe de Gare abrazando cariñosamente a la hija de la casa.

Al ver a Sterling, la muchacha marchó precipitadamente mientras de Gare se reía.

—Es bonita esa mujer, ¿verdad?

—Sí... sí...

En el pecho de Sterling volvía la esperanza... ¡Quién sabe! Acaso las siluetas abrazadas que él vió tras la ventana fueran las de Gare y la doncella.

Casi se convenció de ello y la tranquilidad volvió a renacer en su corazón, comprendiendo que había sido un estúpido en dudar.

Habló unos instantes con Gare que se mantenía perfectamente

tranquilo, y su actitud acabó de hacerle creer en lo infundado de sus sospechas. Indudablemente era la indígena la mujer que Gare abrazara poco antes.

Ya en plena confianza, habló al príncipe de que había cerrado el trato para la compra de plantaciones y que su misión en Java había terminado.

El príncipe pareció celebrar aquel éxito y luego se marchó a su habitación.

Al quedarse solo, sintió de nuevo Sterling la inquietud de la incertidumbre.

Fué avanzando lentamente hacia la ventana. Fué en ella, tras ese espeso cortinaje, donde él viera la pareja sospechosa, abrazándose con delirio.

Sentóse en un diván adosado a la ventana y pareció hacer esfuerzos para recordar el contorno de aquellas siluetas y ver si podía averiguar de quién se trataba: si de la doncella o de Mary.

Pero... ¿por qué pensar mal? Mary era honrada, Mary le había demostrado siempre durante sus años de matrimonio una gran leal-

tad. Era locura suponer lo contrario.

Pero en aquel instante sus ojos descubrieron en el suelo, un collar que Mary llevaba aquellos últimos días.

El collar estaba allí, junto a la ventana, en el mismo sitio donde él había visto abrazarse a la pareja.

¡Ah, malvados! Entonces era verdad... era cierto... era indudable... ¡La mujer que se abrazaba a de Gare era Mary!

Furioso, acarició aquellos granos del collar con ansia de romperlos, con deseo de formar una argolla y estrujar la hermosa garganta de la culpable.

¡Miserables... miserables...! Y se fue a un rincón y cubrióse el rostro con las manos sollozando interiormente su infortunio.

Entretanto, Mary, en su cuarto, se dió cuenta de que no llevaba el collar... Ahora recordó que durante los esfuerzos que hizo primero para desprenderse del príncipe, había sentido algo metálico que caía al suelo, pero de lo que no volvió a acordarse.

Salió del cuarto y se encaminó hacia la ventana, buscando por el suelo el objeto caído.

De pronto se dió cuenta de que Sterling, desde un rincón, la estaba observando.

Sterling, al verla indagar por los alrededores de la ventana, no tuvo ya la menor duda de que Mary le engañaba.

—¿Has perdido algo?—le preguntó procurando dar a su voz la entonación más tranquila.

—No... no...

—Entonces... ¿a qué has venido?

—Quería darte las buenas noches.

No podía Mary creer que su marido sospechara y supiera la verdad. Ignoraba que sus siluetas abrazadas habían sido vistas por él.

Le besó dulcemente, y él sintió ansias de limpiarse el rostro del contacto pecador.

—John—le dijo ella de pronto, sin reparar en su frialdad—. ¿Cómo te ha ido la excursión? ¿Has terminado ya tus trabajos?

—Sí... todo está comprado. Mi misión acabó ya...

—Entonces, ¿podremos ya marchar de Java?—dijo con una alegría infinita.

Porque su corazón seguía adorando a su marido... Su alma se arrepentía de aquel momento de locura, de extraña embriaguez, de debilidad producida por la influencia del ambiente, por la vida exótica que llevaba, por el nimbo poé-

tico de que estaba rodeado el príncipe de Gare y que a ella le había embrujado un instante. Pero, no, eso no debía ser. Era preciso salir cuanto antes, separarse para siempre de Gare que era la aventura, el continuo peligro que acechaba.

—¿Podremos ya marchar de Java?—insistió dulcemente.

El contestó contemplándola con fijeza:

—Antes de marchar, quiero cazar mi primer tigre.

* * *

Al día siguiente se organizó la expedición a la selva virgen. El príncipe de Gare con el matrimonio Sterling, y escoltado por numerosos indígenas armados, salió de cacería.

Iban a lomos de pacientes elefantes con los que era posible internarse en lo más intrincado de los bosques.

Durante todo aquel día recorrieron infructuosamente grandes extensiones de flora gigantesca y olorosa.

Sterling vigilaba a su esposa y

a Gare, pero en ninguno de los dos había adivinado nada anormal. Sin duda, los miserables sabían disimular bien.

Llegó la noche, y la escolta levantó en medio de la selva unas cuantas tiendas de campaña, rodeadas de hogueras que ponían como un cinturón protector a los posibles intentos de los animales salvajes.

Al amor de esa lumbre, hablaban el príncipe y el matrimonio Sterling...

El resplandor de las llamas da-

ba a los ojos de Gare un fulgor maléfico.

Miraba de vez en cuando a Mary y esta observación no pasaba inadvertida para el marido.

Al cabo de largo rato, la conversación comenzó a declinar y Sterling simuló que se dormía.

Así permaneció algún tiempo, entreabriendo los ojos de vez en cuando para ver lo que pasaba a su alrededor.

Y ahora sí que no hubo la menor sombra de duda. Vió al príncipe como estrechaba un brazo de Mary y pretendía besarle los labios, aunque no pudo conseguirlo, pues ella retiró la cabeza.

¡Infames! repitió mentalmente. Sus manos se engarfiaron en una actitud de venganza. Pero volvió a abrirlas y permaneció silencioso, aparentemente dormido, comprendiendo que ya que le habían herido a traición, también a traición debía contestarles.

De pronto se movió de su asiento, abrió los ojos, como si despertara de su corto sueño.

Mary hizo un enérgico gesto al príncipe para que cesara en sus im-

prudencias y éste volvió a mantenerse en una actitud simplemente amistosa.

—¿Has descansado, John?—le preguntó Mary.

—Un poquito de siesta. Estoy realmente fatigado...

—La falta de costumbre, Sterling—dijo el príncipe.

—No todos son tan valientes como usted.

Buscó en sus bolsillos la pipa y no hallándola, dijo:

—He dejado mi pipa en la chaqueta de caza.

—No te molestes. Iré a buscarla a tu tienda—dijo Mary.

Desapareció Mary que se esforzaba en mostrarse más afable que nunca con el marido. Y los dos hombres quedaron hablando de cosas indiferentes, sin importancia.

Mary buscó en la chaqueta, hurgando por los bolsillos sin encontrar la pipa. Se estremeció al sacar de uno de ellos, el collar que se le había caído en la casita indígena.

Lo sostuvo entre las manos.

Tristes pensamientos entenebrecieron su imaginación.

¡Ay, acaso Sterling lo debía saber todo! ¿Por qué se había quedado aquel collar, caído en el momento en que Gare y ella se besaron, en vez de entregarlo a su propietaria?

¿Sospecharla de ellos? Una gran lividez la cubrió y pasó por su alma el presentimiento de algo terrible.

La voz lejana de su esposo la sacó de su ensimismamiento:

—¿Has encontrado la pipa?

—Sí... sí...

Volvió a dejar el collar en su sitio y se presentó ante Sterling entregándole la pipa.

Sterling la encendió lentamente mientras el príncipe de Gare observaba a Mary y se preguntaba a qué obedecería la gran turbación e inquietud que adivinaba en sus ojos.

Mary paseó unos momentos y

luego dijo tocándose la frente:

—Tengo mucho dolor de cabeza. Voy a acostarme.

—¡Adiós, querida!... ¡Que descanses bien!—dijo Sterling.

—Buenas noches, señora—le dijo el príncipe de Gare mientras sus labios se crispaban en una sonrisa.

Mary se encerró en su tienda individual de campaña, esperando el oportuno momento en que todos se hubieran retirado a sus alojamientos y poder hablar ella con el príncipe de Gare comunicándole las sospechas que levantara en ella la vista del collar.

¡Si Sterling lo llegara a saber! ¡Si supiera que ella, ella se había dejado besar y aun había besado al príncipe!

Esto había sido un momento de extravío, de locura, que no volvería jamás... Pero ¿y si Sterling hubiese descubierto la momentánea traición?

¡Qué vergüenza y qué dolor!

* * *

Mientras entre las luces de la hoguera, Sterling y el príncipe se miraban con recelo, sintióse el estremecedor rugido de un tigre.

—¿Ha oído?—preguntó Sterling poniéndose en pie.

—Sí. Un tigre. No hay cuidado. No se acercará a nosotros.

—¿Por qué no intentar la cacería del tigre durante la noche?

—Es demasiado peligrosa. Es preferible realizarla de día, y desde un elefante.

—¡Me haría tanta ilusión!... Cazarlo... ahora...

—¡Bah! Eso es imposible... Yo me retiro también a mi tienda, señor Sterling. Le aconsejo que vaya a la suya, pues mañana hay que madrugar. La escolta vigila. No hay que esperar esta noche desagradables sorpresas.

Y sin aguardar su opinión, marchó a su tienda.

Sterling, sonriendo terriblemente, fué a la suya. Ya en ella estuvo meditando breves momentos sobre la resolución que debía tomar.

Se levantó. La suerte estaba echada. No era preciso perder tiempo. Tenía pruebas de la traición y debía vengarse. Toda la responsabilidad la hacía recaer sobre el príncipe. Mary había sido hasta entonces una buena mujer. Era él, el miserable oriental que con sus exotismos había deslumbrado el alma débil de la esposa... Contra él debía ser la venganza.

Cogió dos largas escopetas de dos cañones cada una; en la una puso dos balas, la otra la dejó descargada.

Y sonriente, con las armas bajo el brazo, se encaminó a la tienda del príncipe.

* * *

Poco antes y sin que nadie la viera, Mary había entrado en la tienda de Gare.

El príncipe corrió a estrecharla entre sus brazos y dió largos besos que ella con desesperación quiso rehuir.

—¡No he venido a verle, no! —murmuró Mary—. Vengo a advertirle de que Sterling encontró el collar que se me perdió... y temo que sospeche de mí.

—No tenga miedo—le dijo cariñosamente—. Yo procuraré dejar esta cuestión arreglada.

—¡Silencio!... Oigo pasos.

Ocultóse ella detrás de un cortinaje, y el príncipe salió al encuentro del recién llegado que no era otro que Sterling.

—¿Qué ocurre?—le dijo aparentando serenidad.

—El tigre debe andar muy cerca del campamento. Le acabo de oír de nuevo.

—¿Y bien?...

—Quisiera matarlo esta misma noche.

—¿Por qué esa prisa? Mañana, de día, la expedición será menos peligrosa.

—Es un capricho, si usted quiere. Lo prefiero ahora.

—En fin, vamos a hacer una exploración.

Cogió una de las escopetas que Sterling le alargaba, y aun contra su voluntad, siguió al norteamericano con el deseo de alejarlo de la tienda y evitar a Mary todo compromiso.

Cuando desaparecieron en la espesura, Mary, asustada, volvió a su tienda.

Los dos hombres fusil en mano prosiguieron su investigación en la selva oscura, sólo iluminada por la luz lunar.

Anduvieron bastante trecho sin hallar rastro alguno de fieras.

—Mejor es que regresemos,

Sterling... Lo que estamos haciendo es peligroso.

—No... no... Yo quiero cazar el tigre.

—Es una terquedad, señor.

Aun exploraron por nuevos rincones de la selva sin que apareciese el tigre cuyos aullidos habían oído antes.

—Ese empeño es ridículo—dijo de pronto el príncipe de Gare— Yo vuelvo al campamento.

—No... Tengo confianza en que hemos de cazar la fiera.

—Su actitud es inconcebible. Y además es muy peligroso continuar internándose a estas horas.

Retrocedió unos pasos dispuesto a desandar el camino hecho, pero en aquel mismo instante se sintió un estremecedor rugido, y los dos hombres se detuvieron y volvieron la cabeza.

Cerca de ellos, a una distancia de unos treinta metros, estaba un tigre abriendo terriblemente la boca.

—¡El tigre!—gritó Gare apuntándole con la escopeta—. No hay que perder un instante.

Cerca de él, con el fusil en la

mano, Sterling le observaba con atención.

Gare apretó el gatillo por dos veces sin que surgiera el proyectil. Extrañado examinó rápidamente la cámara encontrándola sin balas.

—¡Esta descargada!—dijo con voz agitada por el terror.

Una sonrisa cruel se dibujó en los labios de Sterling.

—¡Oh, comprendo! ¡Usted lo había preparado, usted!—gritó Gare.

—¡Sí, yo!—rugió encañonándole el fusil—. Yo que conozco tu conducta, que sé que me traicionas...

Oyóse un nuevo rugido de la fiera, pronto a caer sobre la presa que estuviera delante.

Horrorizado, presintiendo una muerte cercana, Gare quiso huir, pero Sterling le gritó, con el fusil en dirección a él:

—¡Quieto! ¡Arriba las manos!

—¡No... no!... Por favor. Yo le juro...

Temblaba, su frente estaba bañada por un sudor de agonía.

—¡No te muevas!... Tu crimen

merece eso... y más... ¡No te muevas!

Sterling fué retrocediendo, siempre con el arma apuntando al príncipe oriental que viéndose desarmado, temblaba creyéndose próximo a morir...

Cuando estuvo ya a alguna distancia, el americano disparó la escopeta contra Gare y éste se tambaleó herido.

En aquel momento el tigre lanzó un nuevo rugido y viendo cerca a un hombre, al príncipe de Gare, dió un terrible salto sobre él aplastándole el pecho.

Escuchóse un grito de angustia; Gare había caído bajo la zarpa prepotente de la fiera.

No lejos de allí, Sterling había presenciado su venganza. El tigre había sido su cómplice en la obra de destrucción y de justicia. Pero era preciso también dar caza a éste y apuntándole rápidamente le disparó un tiro con tal acierto, con tan buena puntería que la fiera lanzó una voltereta trágica y vino a caer junto al cuerpo inanimado del príncipe.

¡Golpe doble! ¡Ah! ¿Qué fiera

era la peor? ¿Aquella que se defendía contra los que le importunaban en la selva, o aquella otra que había roto la felicidad de una familia honrada y cubría sus instintos de hiena con la piel de una falsa amistad?

¡Malditos! Sterling estaba contento de su venganza.

Se disponía ya a regresar al campamento dando cuenta a su modo de lo ocurrido, cuando vió llegar a Mary.

Esta había oído desde su tienda el rumor del disparo y sospechando la riña entre los dos hombres, acudía a evitar que se derramase más sangre.

Al ver el gesto triunfador de Sterling junto al cuerpo sangrante de Gare y del tigre, comprendió la verdad.

—¿Le has matado!—gritó—. ¡Ah, pobre Gare! ¿Qué derecho tuviste para hacer eso?

—Era mi venganza... Ese hombre ha sido tu amante.

—¡No... no!—dijo, horrorizada—. ¡Te juro que es mentira!

—Lo sé...

—¿Qué razón tuviste para creer

que yo le amaba... para suponer que te era infiel?

—Vi como os besabais en la ventana... He visto como ese hombre te miraba, te deseaba... acariciaba tus brazos, quería, hace poco, mientras yo dormía, darte un beso... ¿Y aun niegas la verdad?

—¿Estás ciego! ¡Has perdido la conciencia de tu honor!... ¡El me besó a la fuerza!... Yo no quise... Yo no le amé nunca...

—¡No mientas! Tú estás sufriendo por él... Lo adivino... Pero... calla... me parece que se queja...

En efecto; el desdichado no había muerto; de su boca se escapaba un entrecortado suspiro.

—Soy justiciero, pero no cruel —exclamó Sterling—. No dejaré morir a ese hombre sin asistencia.

Y ordenando a Mary fuese a advertir a los hombres de la escolta, levantó cuidadosamente al he-

rido cuyo rostro estaba ensangrentado a causa de un zarpazo del tigre.

Puso una mano sobre su corazón. Aquel hombre vivía... Y cuando llegaron los soldados, ayudó a ponerlo cuidadosamente en una camilla y dió orden para que se emprendiera el regreso al palacio de Gare.

Los indígenas, desolados, miraban a su señor que estaba sin conocimiento... Otros habían recogido la fiera muerta, para despojarla de su piel.

Mary y Sterling caminaban detrás, sin decirse una sola palabra, sumidos cada uno en la melancolía de sus pensamientos, preguntándose cómo en lo sucesivo iba su vida a desarrollarse.

¡Ay! sus dos vidas estaban ya heridas. Se imponía la separación. ¿De qué modo iban a volver a América?

* * *

Ya instalado el príncipe de Gare en su hacienda fué llamado un médico, quien lavó y desinfectó las graves heridas, vendándolas después. Por fortuna, la zarpa de la fiera no había interesado ningún órgano importante. Tampoco había lesionado nada vital. El doctor aseguró que el príncipe se salvaría.

Desolada, Mary rondaba por el palacio, sin saber qué iba a ser de su porvenir, sufriendo ante el estigma de ser una mala esposa.

Sterling no le había dirigido la palabra, ni aludido siquiera a su situación. Pero a la tarde siguiente, Sterling dijo friamente a su mujer:

—¡Me vuelvo a América!... Tú te quedas con Gare... Quisiera que me perdonaras lo que he hecho contra ese hombre; pero piensa que yo también te amaba.

—John... por favor... déjame que te explique.

—Ni una palabra. Sobre todo. El vive y te amará. ¡Que a su lado seas feliz!

Y entró en su habitación para arreglar las maletas... Mary se echó a llorar y comprendió que era necesario salvarse de aquel abismo en que iba a caer, de aquella excomunión que su marido le lanzaba.

Una hora después, Sterling, triste y abatido, salió de la casa, para subir al automóvil que esperaba ante la puerta del jardín para conducirlo a la estación.

Abrió la portezuela. Y en el momento en que fué a sentarse vió, instalada ya en el vehículo, a Mary, que, con las manos sobre el pecho y los ojos llenos de lágrimas, le miraba...

—Pero, ¿qué es eso? ¿Por qué estás en el coche?—le dijo.

—¡John... John!... ¡Estás ciego!... ¡Déjame hablar... déjame que te explique!

—¿Qué quieres? Creo que toda conversación es inútil.

—¿Cuándo te darás cuenta de que jamás he amado a nadie más que a ti, John? El culpable ha sido Gare, Gare, el hombre que me ha venido persiguiendo desde nuestra salida de América... Yo le temía y por ello te suplicaba que me apartases de él. Tú no hacías caso, me besó contra mi voluntad, contra mis sentimientos, y yo te juro que no alcanzó nada que manchase irremediablemente tu apellido. Un solo beso le di aquella noche, cuando me cayó el collar... Pero debía estar embriagada, enferma de ese ambiente maléfico, de ese aire perfumado, de esa luz, de esa vegetación, de ese exotismo que nos rodea. ¡No, John, no!... No te debes avergonzar de tu mujercita que salió triunfante contra todos los factores de la aventura... Soy la de siempre, la que vive por ti, la que te quiere... ¿Me perdonas? ¿No quieres que vuelva contigo a

América? ¿No? ¿De veras deseas que me quede en esta isla?

Guardó el marido unos momentos de silencio. Luego, besó la frente de su mujer.

—¡Sea, Mary, te perdono!... —dijo—. Al fin y al cabo, la culpa es mía por haber permitido que ese príncipe, que ese desconocido peligroso intímara con nosotros. Te dejaba con él... y tienes razón... eras débil... debías luchar contra tantas sorpresas gratas como te prometía... ¡Tengo fe en ti, Mary!... Olvidemos el pasado... Ese hombre está ya lo suficientemente castigado. Y en lo sucesivo, te juro que cuidaré un poco más de tus cosas, pues tú eres mi negocio principal.

—John, sígueme hablando... ¡Te quiero!

Y loca de dicha, recobrado el verdadero amor que estuvo a punto de perder, rodeó el cuello de su esposo y le dió un largo beso a tiempo que el coche se acercaba hacia la estación.

FIN

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre. — El Gran Desfile. — Miguel Strogoff
o El Correo del Zar. — La princesa que supo amar.
El coche número 13. — Sin familia. — Mare Nostrum.
Nantás, el hombre que se vendió. — Cobra. — El fin de
Montecarlo. — Vida bohemia. — Zazú. — ¡Adiós, juven-
tud! — El judío errante. — La mujer desnuda. — Casa-
nova. — Hotel Imperial. — La tía Ramona. — Don Juan,
el burlador de Sevilla. — Noche Nupcial. — El Séptimo
Cielo. — Beau Geste. — Los Vencedores del Fuego. — La
Mariposa de Oro. — Ben-Hur. — El Demonio y la Carne.
La Castellana del Líbano. — La Tierra de todos. — Tri-
poli. — El Rey de Reyes. — La ciudad castigada. — Sangre
y Arena. — Aguijas triunfantes. — El Sargento Malacara.
El Capitán Sorell. — El Jardín del Edén. — La Princesa
mártir. — Ramona. — Dos Amantes. — El Príncipe estu-
diente. — Ana Karenina. — El destino de la Carne. — La
mujer divina. — Alas. — Cuatro hijos. — El carnaval de
Venecia. — El ángel de la calle. — La última cita. — El
enemigo. — Amantes. — Moulin Rouge. — La Ballarina
de la Opera. — Ben-Ali. — Los Cuatro Diablos. — ¡Ríe,
payaso, ríe! — Volga, Volga. — La Sinfonía Patética.
Un cierto muchacho. — ¡Nostalgia!... — La ruta de Sin-
gapore. — La Actriz. — Mister Wu. — Renacer. — El des-
pertar. — Las tres pasiones. — La melodía del amor.
Cristina la Holandesa. — ¡Viva Madrid, que es mi pue-
blo! — Sombras blancas. — La copla andaluza. — Los
cosacos. — Icaros. — El conde de Montecristo. — La mujer
ligera. — Virgenes modernas. — El Pagano de Tahití. —
Estrellas dichosas. — Esto es el Cielo. — La senda del 98
Espejismo. — La senda del 98 y Evangeline.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colec-
ción, la cual será considerada la Biblioteca más amena,
selecta e interesante.



La sensacional novela

EL CABALLERO

por **Richard Talmadge**

EN PREPARACIÓN:

Egoísmo

Emocionante asunto, en que se presenta
a un esposo entre las garras del vicio lle-
nando de amargura su hogar.

Intérpretes: La bellísima **Elga Brink**
y **Henry Edwards**

¡SIEMPRE LO MEJOR!



La Novela para todos

(Publicación semanal de novelas para todos los gustos)

NÚMEROS PUBLICADOS:

Mary la buena, Mary la mala

por Manuel Reinleín Sotomayor

La que no pudo ser mala

por Sara Insúa

La estrella de los montes

por R. Merchán Vargas

Ella, El y el Perro

por Jorge Clary

Alicia, la divina amante

por L. Linares Lórca

ESTA SEMANA:

Una mujer extraña

Mariano San Ildefonso



COLABORACIÓN SELECTA EXCLUSIVAMENTE
NACIONAL

Ilustraciones en el texto

Precio: **30 cts.**

¡GRAN ÉXITO!

La Novela Eva

(Publicación semanal de novelas modernas)

Números publicados:

La rubia del taxímetro

por DOMINGO DE PUENMAYOR

**La manicura que no sabía
decir que no**

por LILI

Santa Madrona

(Aguafuerte de los barrios bajos barceloneses)

por JOSÉ REYGADAS

Impresión... eléctrica, por LINA

Encarna, la enigmática, por DORA

Casada... y como si nada

por DON NADIE

Cuatro maridos, por TONY

El caso de Clarita, por Lina

Esta semana:

Lasota es un "as" por Don Lolo

INMEJORABLE PRESENTACIÓN
ILUSTRACIONES EN EL TEXTO

Precio: 30 céntimos

Los éxitos del cine sonoro:

FOLLIES 1929
Broadway Melody
LETRA Y MÚSICA

publicados por

Ediciones BISTAGNE

en lujosas novelas con ilustraciones.

ACABA DE APARECER:

El mundo al revés

por **Lily Damita, Victor Mac Laglen**
y **Edmund Love**

Precio: **50 céntimos**

¡Coleccione usted estos

interesantes asuntos!

Las mejores novelas de cine son:

La Novela Semanal Cinematográfica

La Novela Americana Cinematográfica

La Novela Frívola Cinematográfica

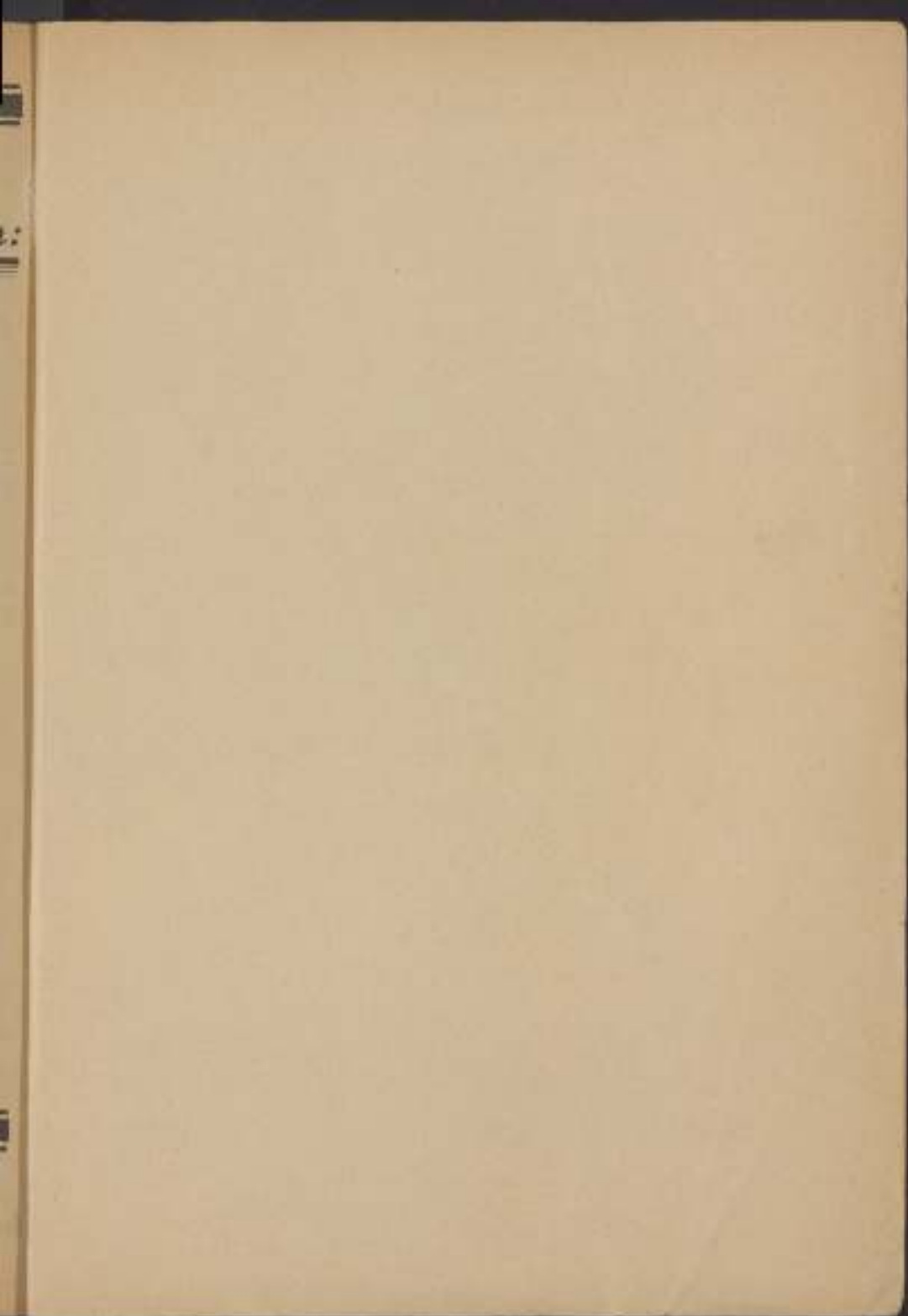
Los Grandes Films de
La Novela Semanal Cinematográfica

y las selectas Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

¡Siempre lo mejor!

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.
Barcelona: Barbó, 16. — Madrid: Ferraz, 21.



EB

Precio: Una peseta

8